

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 17 de la *Moda*.

1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 921.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

La Guerra Ilustrada; grabados. — **Mapa para seguir las operaciones militares en Alsacia y en Lorena;** grabado. — **Obras en el recinto fortificado de París;** grabado. — **La defensa de París: Colocación de los cañones;** grabado. — **Los cuerpos francos;** grabado. — **Revista de París.** — **Poesía.** — **La literatura italiana.** — **La guardia movilizada en el campamento de Chalons;** grabados. — **Escenas de la vida inglesa.** — **La batalla de Wissemburgo;** grabado. — **El alistamiento de guardias nacionales de París;** grabado. — **De Villahermosa á la China.** — **El nuevo ministerio francés;** grabados.

La Guerra Ilustrada.

Las fortificaciones de París. — Mas detalles sobre el combate de Wissemburgo. — Mapa de la Alsacia y la Lorena. — Poblaciones francesas del teatro de la guerra.

Las obras para el armamento de las fortificaciones de París se continúan con una actividad prodigiosa. Casi todos los fuertes tienen ya sus cañones.

Estos fuertes son, en la orilla izquierda del Sena, Ivry, Bicetre, Montrouge, Vanves, Issy y el monte Va-

leriano que se considera inexpugnable; y en la orilla derecha, la Briche, la doble Corona, al Norte de San Dionisio, los fuertes de Aubervilliers, de Romainville, de Rosny, de Nogent, los reductos de la Faisanderie, de Gravelle y el fuerte Alfort.

A estos hay que añadir la obra de defensa en construcción sobre las alturas de Montretout, en Saint-Cloud.

Todos estos fuertes comunican hoy entre sí por un alambre eléctrico, y comunican también con el estado mayor de la plaza.

En cuanto á las fortificaciones propiamente dichas,



LA GUERRA. — Destacamento del 11° de dragones practicando un reconocimiento.

A. LANGON.

ra baja en ella multitud de obreros, rodeada sin cesar de una muchedumbre de curiosos. Mas de 8,000 hombres se emplean actualmente en las cortaduras de las vías que penetran en París. Todas las verjas de las puertas se han quitado, las cortaduras están hechas y solo falta poner los puentes levadizos.

Diremos también que al amparo del muro de recinto situado al Este, acaban de echar los cimientos de seis nuevos polvorines, cuyas paredes tienen dos metros de grueso y cuyas techumbres estarán á prueba de bomba.

Finalmente, delante del puente Napoleon van á establecer un alajo en el Sena para que pase el agua á los fosos de las fortificaciones.

En la página 472 de este número damos una lámina que representa el encarnizado combate de Wissemburgo, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

Hoy, sin embargo, añadiremos nuevos pormenores copiados de una correspondencia, para la debida comprensión de nuestro grabado.

El ejército prusiano, después del combate de Saarbrück se reforzó con las tropas del valle de Lembach y de toda la margen izquierda del Rhin, desde Maguncia hasta Rastadt.

El príncipe Federico Carlos de Prusia, viendo que había tropas aisladas en Wissemburgo, resolvió acometerlas antes de que pudieran ser socorridas por Mac-Mahon.

Las divisiones francesas ocupaban un espacio relativamente extenso, y no eran bastante fuertes para impedir el paso á gruesas columnas. La lucha se entabló de un modo terrible en todo el ámbito del campo de batalla; á la derecha, la línea enemiga cedió al choque de una desesperada carga; hubo un destrozado completo. Mas, cegados por su ardor, dos batallones penetraron en las líneas prusianas cubiertas de cadáveres. El príncipe Federico Carlos vió el peligro y acudió al frente de una parte del cuerpo de Bittenfeld, cambió el aspecto del combate, y los dos batallones, privados de toda comunicación con las otras divisiones, fueron á su vez destrozados por los prusianos.

A la derecha, el general Zastrow luchaba con ventaja, y en casos como este una vez ganado un punto, sucumbe sin remedio toda la línea. Ese fué el momento en que el general Douay, que acudía al auxilio del ala derecha, cayó mortalmente herido. En breve, nuestras divisiones, cuyos fuegos convergentes habían sembrado la muerte en las filas prusianas, pero que á su vez habían también experimentado pérdidas considerables, se encontraron cogidas por retaguardia por una columna de refresco que acababa de bajar de las alturas, y no tuvieron mas recurso que declararse en retirada. En aquel instante llegaba al campo de batalla el duque de Magenta.

Cuando se oyeron los disparos de la artillería de este, las tropas prusianas se hallaban distribuidas del modo siguiente:

El ala derecha, que se había extendido por los bosques situados hácia la parte de Rhemis-Abern, fuerte de 12 batallones de tropas escogidas y de 10 escuadrones, formando en conjunto unos 44,000 hombres y á las órdenes del general Zastrow, estaba situada de modo que llegaba á rebasar la columna francesa. En el centro se encontraban 47 batallones del cuerpo de Bittenfeld, y el ala izquierda, compuesta de 8 batallones y de numerosos escuadrones de hulanos, completaba la formidable columna que acababa de sorprender, gracias á numerosos desfiles, á los regimientos del general Douay.

Entre las dos alas había una poderosa reserva, parte de la cual, compuesta de granaderos de la guardia real, había experimentado extraordinarias pérdidas al sostener la carga de los franceses.

El extremo del ala derecha de los prusianos apoyada por dos baterías de artillería, iba desplegándose de un modo alarmante y sus fuegos eran cada vez mas mortíferos, cuando se oyeron tonar á lo lejos las descargas de la artillería del mariscal Mac-Mahon. Parecía que la tierra temblaba oprimida por el peso de un alud de hombres que se abalanzaban al peligro. En aquel instante, el príncipe de Prusia redobló su ardor y empujó hácia adelante nuevos batallones, pero era ya á tiempo en que los franceses se habían repuesto, y desde entonces los prusianos no ganaron una pulgada mas de terreno.

Llegaron en efecto los regimientos que salvaron de una segura ruina á la división del general Douay; habían atravesado á paso de carga numerosos desfiladeros, y tal era el ardor de que se hallaban animados, que el frente de su columna chocó cual furioso toro contra los prusianos, antes de aguardar los efectos de su formidable artillería, cuyas baterías tomaban posiciones en parte en direccion á Lembach y en los collados inmediatos.

Al marchar el príncipe de Prusia sobre Wissemburgo, dejó á la derecha un cuerpo de unos diez mil hombres, para continuar el combate que al principio no fué menester sostener atendida la inferioridad numérica de los franceses. Ese cuerpo de reserva podía también en un caso de peligro auxiliar á la retaguardia de su ejército y ponerla á cubierto de cualesquiera eventualidad.

Habían conseguido su primer proyecto de ocultar sus operaciones á los franceses. Cuando Mac-Mahon llegó al campo de batalla no quedaba, pues, al príncipe de Prusia otro recurso que precipitar su movimiento, y como es hombre que no vacila y por otra parte nada

tenía que temer, empleó sucesivamente sus reservas. Pero los franceses á pesar de su marcha por los montes para ponerse en comunicacion con las tropas del general Douay, y á pesar de fatigas sin cuento porque habían vencido obstáculos insuperables, empezaban á su vez á tomar la ofensiva, después de haber resistido victoriosamente los nuevos esfuerzos de los prusianos.

Rechazaron en un principio á las tropas ligeras prusianas que formaban la vanguardia, y después su línea, aumentándose con numerosas columnas que tomaban inmediatamente parte en la accion: el príncipe de Prusia tuvo que pensar por fin en replegar su ejército; pero este movimiento se ejecutó sin que el mariscal Mac Mahon tratase de molestar á los prusianos.

Vi pasar unos doscientos prisioneros franceses; iban con la cabeza erguida y casi todos estaban heridos. El general de Bittenfeld, que tenía á su lado tres oficiales de estado mayor y un coronel, les miraba con expresion severa. De pronto apareció el príncipe de Prusia, se descubrió respetuosamente y dijo volviéndose hácia M. de Bittenfeld:

— Salud al valor: en toda mi vida había visto un arrojado como el de esos soldados, á quienes ha hecho traicion la fortuna.

Después de la sangrienta batalla de Wissemburgo los prusianos se retiraron y tomaron posicion en las inmediaciones de un bosque.

Otros varios dibujos publicamos en este número, como el Reconocimiento de Dragones en la primera página, la Ovacion hecha á los francos tiradores (página 465) y la Inscripcion de nacionales en el XIII distrito de París que no necesitan comentarios explicativos. En cambio concluiremos hoy con una noticia que tomamos del periódico *el País*, sobre varias de las principales poblaciones del teatro de la guerra, cuyo mapa se encontrará en la pág. 463.

METZ.— Capital del departamento del Mosela, situada á orillas del Mosela y del Seille, á 317 k. ENE. de París. Tiene fortificaciones, arsenal de artillería, cuarteles; es capital de division militar y tiene colegios de artillería é ingenieros. Industria muy activa. Los romanos la embellecieron y Atila la saqueó en 452. En 514, después de Cloris, pasó á ser la capital del reino de Metz, que luego se convirtió en reino de Austria.

Enrique el Pajarero, emperador de Alemania, se apoderó de ella, continuando en poder de sus sucesores.

En 1552 pasó á formar parte de la Francia, siendo inútiles las tentativas de Carlos V, al año siguiente, para recobrarla. A partir de la dominacion francesa, Metz recibió el título de ciudad libre, y su poblacion disminuyó considerablemente. Cuenta unos 58,000 habitantes.

THIONVILLE, en alemán *Diedenhofen*: cabeza de distrito, situada á orillas del Mosela, á 24 k. N. de Metz. Es plaza fuerte y tiene cuarteles. Cuenta unos 6,000 habitantes.

Thionville data de los reyes francos de la primera raza, la merovingia, y en ella tuvieron un palacio. Carlomagno convocó en esta ciudad una Asamblea en 806, en la cual arregló el reparto de sus Estados entre sus hijos.

Thionville pasó sucesivamente á los condes de Luxemburgo, á los duques de Borgoña, á la casa de Austria y á los reyes de España. Tomada por asalto en 1558 por Guisa, fué devuelta el año siguiente. En 1639 fué sitiada en vano por Feuquieres; en 1643 fué tomada de nuevo por Condé, y desde entonces quedó formando parte de Francia, pasando á ser capital del Luxemburgo francés. Fué bombardeada sin resultado por los austriacos en 1792 y por los prusianos en 1814.

NANCY.— *Nanceium* en la edad media, capital del departamento del Meurthe, á la izquierda de este rio y á 330 kilómetros de París. Cuartel de caballería. Su industria es importante.

Nancy fué fundada en el siglo XII y pasó muy pronto á ser capital de la Lorena. Carlos el Temerario la tomó en 1475 y la perdió el año siguiente, muriendo al pié de sus muros en 1477. Luis XIII y Luis XIV la tomaron en 1633 y en 1660, habiendo hecho arrasar el último sus fortificaciones. Cuenta unos 32,000 habitantes.

BITCHE.— *Bidiscum* ó *Bicina*, cabeza de partido del Mosela. Plaza fuerte, reputada inexpugnable, sitiada en vano por los prusianos en 1797. Tiene herrerías, fábricas de loza y vidrio. Cuenta 3,400 habitantes.

SAINT-AVOLD, por corrupcion *Saint-Nabor*: cabeza de distrito, situada cerca del Mosela. Cuenta unos 3,500 habitantes.

ESTRASBURGO.— *Argentoratum*: en otro tiempo era capital de la Alsacia; hoy es la capital del departamento del Bajo-Rhin: está situada á orillas del Ill, á 3 kilómetros de la embocadura de este rio en el Rhin y á 465 kilómetros E. de París. Tiene arsenal, cuarteles, fundicion de cañones y colegio de artillería. Su industria es grande é inmenso su comercio entre la Alemania de una parte, y París y Lyon por la otra. En el Rhin, y cerca de Strasburgo, se halla el puente de Kehl que une las orillas de Francia y de Baden. La parte de este puente correspondiente á la orilla badense, ha sido recientemente destruida.

Estrasburgo fué fundada por Druro, hermano de Tiberio, por el año 45 antes de Jesucristo, y no tomó su nombre moderno hasta el siglo VI, en que Juliano derrotó á los alemanes y á los francos en 557.

Incendiada en 1092 por el duque de Suavia, fué reedificada en 1025 por el obispo Werner. Después de varias revoluciones pasó á ser ciudad imperial en 1805, y entró en diversas ligas con las ciudades suavas. En 1681 Luis XIV se apoderó de Estrasburgo en plena paz, por sorpresa. Esto fué una de las causas de la guerra del Palatinado. La posicion de Estrasburgo fué asegurada á Francia por la paz de Byswick. Hasta la revolucion conservó grandes privilegios y un gobierno municipal. Esta ciudad fué el teatro de la primera tentativa del príncipe Luis Napoleon, hoy emperador de los franceses. Cuenta unos 77,000 habitantes.

FORBACH es una ciudad abierta de 5,700 habitantes y á 20 kilómetros al NE. de Sarreguemines, en cuya jurisdiccion está situada, á 377 kilómetros de París. Es cabeza de estacion en la frontera del camino de hierro de Metz á Saarbrück, y el primer punto donde se encuentra aduana sobre el camino de Francfort, formando parte del departamento de la Mosela. Forbach posee fábricas de cristal y vidrio, botellas, fósforos químicos, pipas y tejidos metálicos, de jabon y de curtidos, etc., y hace un gran comercio en hulla, coke, granos, harinas y legumbres. Construida en anfiteatro sobre la montaña escarpada setentrional de Schlosberg, en cuya cumbre se ven las ruinas de una fortaleza que la defendía en otro tiempo, ocupa el lugar mas encantador de un valle. El bosque tiene mas de 40 kilómetros de largo por 2,000 metros de ancho próximamente. A dos kilómetros se encuentran las minas de hulla de Schoenelken, pertenecientes á la sociedad hullera de Styring, que producen anualmente mas de 100,000 quintales métricos de combustible.

CHALONS.— Chalons-sur-Marne ó Chaalons, cabeza del departamento del Marne (Champaña), de distrito y de territorio, á 7 1/2 leguas SE. de Reims, á 14 1/2 NNE. de Troyes, y á 26 E. de París (46 kilómetros de París y 174 por Epernay). Esta ciudad es bastante considerable, y está situada en medio de dilatadas praderas y á orillas del Marne, que baña parte de sus muros al NO.; atraviésanla otros dos riachuelos, el Naud y el Maud, los cuales se reunen después con el Marne. Esta ciudad está circuida de murallas y fosos, y está generalmente mal construida: la mayor parte de sus calles son estrechas, tiene muchas casas de madera, y las plazas son poco regulares. Sus edificios mas notables son la catedral, cuyo cuerpo es de arquitectura gótica y su fachada de gusto griego: fué concluida bajo el reinado de Luis XIII: sus dos torres terminan en figura piramidal. La casa de la Prefectura es uno de los edificios modernos mas magníficos del departamento; es también notable la hermosa fachada de las Casas Consistoriales, la puerta de Sainte-Croix, el puente del Marne, construido en 1787, los malecones y el paseo del jardin. Tiene una sociedad de agricultura, escuela de artes y oficios, una biblioteca pública, un colegio comunal, una escuela de dibujo, un jardin botánico, un teatro y una casa de caridad; fábricas de bayetas, sargas, gorras, bombasies y albayalde, lienzos, hilandería de algodón, tenerías y gamuceras muy acreditadas.

Comercia con vinos de Champaña, trigo, lanas del país, cáñamo, aceite de navina y mimbres. Es patria de La Caille, célebre astrónomo y matemático; de David Blondel, profesor de historia, y de Perrot d'Abancourt, traductor de muchos autores antiguos. Poblacion, 30,000 habitantes.

Esta ciudad es antiquísima: pertenecía á los *catalaunos*, y fué una de las principales de la Galia Bélgica; en la historia lleva el nombre de *Duro Catalaunum*. En las llanuras inmediatas se dieron dos célebres batallas; en la primera fué derrotado Tétrico por Aurelio, su competidor al imperio, y en la otra fueron deshechos Atila y sus aliados por los romanos, francos, borguñones y godos reunidos, pereciendo en ella el rey de los godos Teodorico.

El campamento de Chalons, de maniobras, establecido por el primer imperio, y al cual pasa á maniobrar parte del ejército francés cada año, ha aumentado la importancia de aquella poblacion.

Las llanuras de Chalons, llamadas en otro tiempo Campos Cataláunicos, forman un extenso cuadrado entre Reims, Sainte-Menehoulde, Vitry-le-Français y Nogent-sur-Seine. Riéganlas los rios Marne, Aisne, Ornain, Aube, Sena, Morin, Petit-Morin y Vesle. En ellas se han dado dos famosas batallas; una en 272, en la cual el emperador Aurelio batió al usurpador Tétrico, y otra en 451, en la que Atila fué derrotado por los romanos, los godos y los francos. Se dice que en esta última murieron 300,000 hombres.

RIOS.

MOSELA.— Nace cerca de Tay, al SE. de Remiremont (Vosges); corre al N., al NO., después al NE.; baña á Remiremont, Epinal, Toul, Pont-á-Mousons, Metz y Thionville; después, dejando la Francia para entrar en Alemania, pasa por Tréveris, Vernecesteil, Zell, y desemboca en el Rhin por Coblenza.

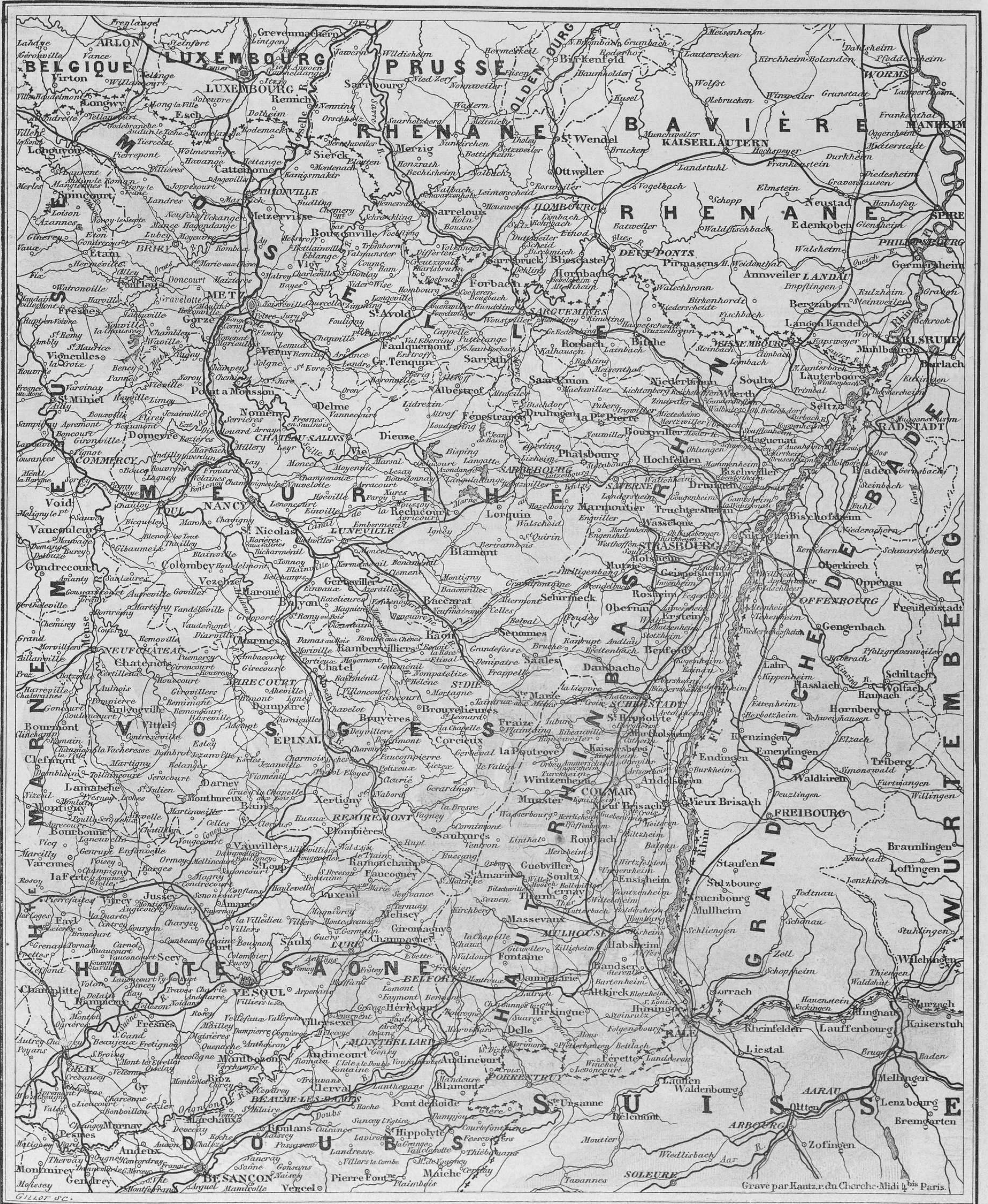
MOSA.— Nace en Francia (Alto-Marne) al NE de Langres; riega los departamentos del Alto-Marne, Vosges, Mosa, á que da nombre, y Ardenes. Los principales pueblos que baña el Mosa son Verdun, Esteney, Cedan, Mezieres, Charleville, Givet, Namur, Lieja, Rotterdam, etc.

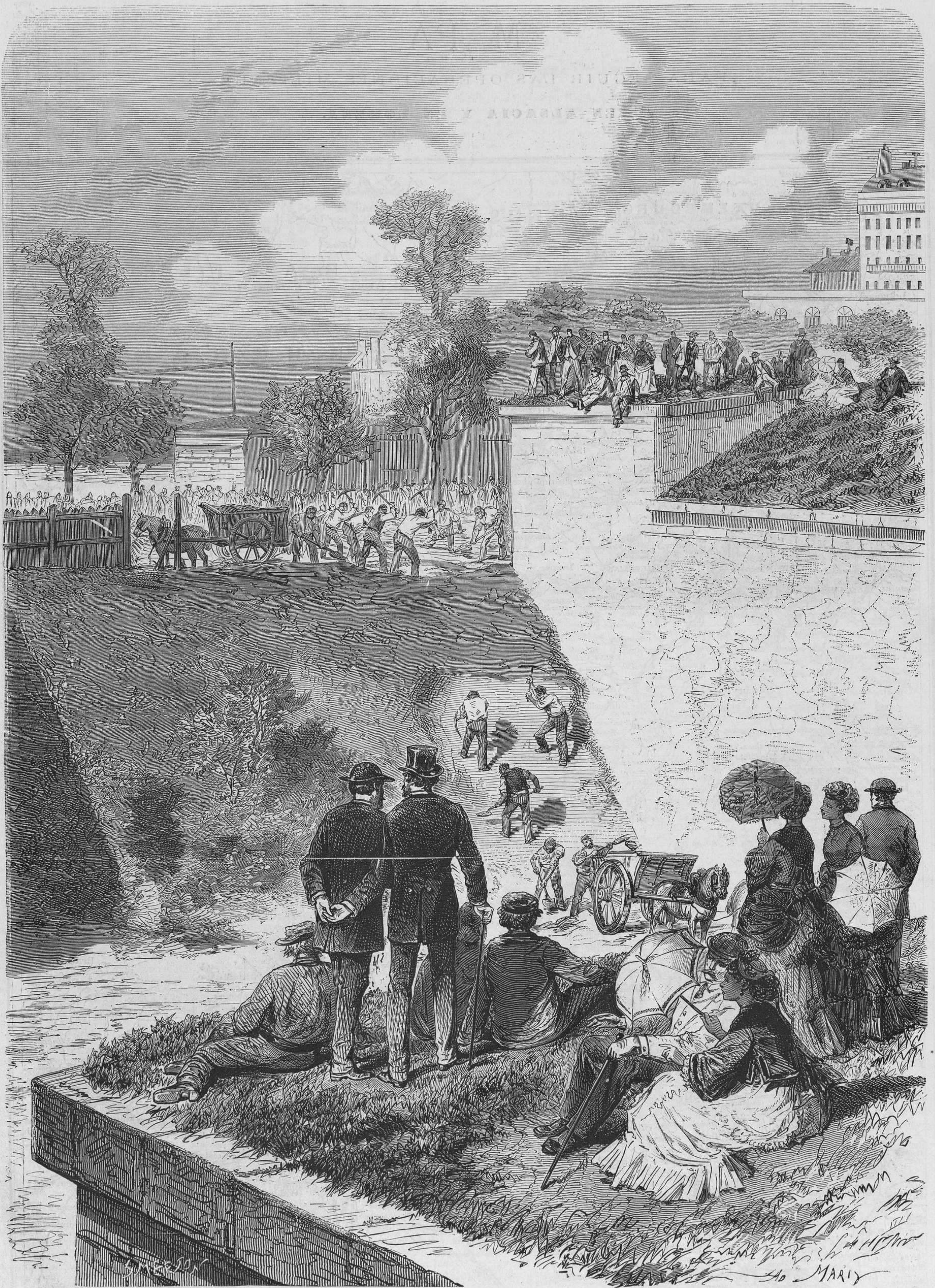
MARNE.— Nace á 5 kilómetros S. de Langres (Alto Marne); riega las villas de Chaimont, Joinville, Saint-Dizier (por donde es navegable), Vitry, Chalons-sur-Marne, Epernay, Dormans, Chateau-Tierry, etc., y desemboca en el Sena por Charenton.

MAPA

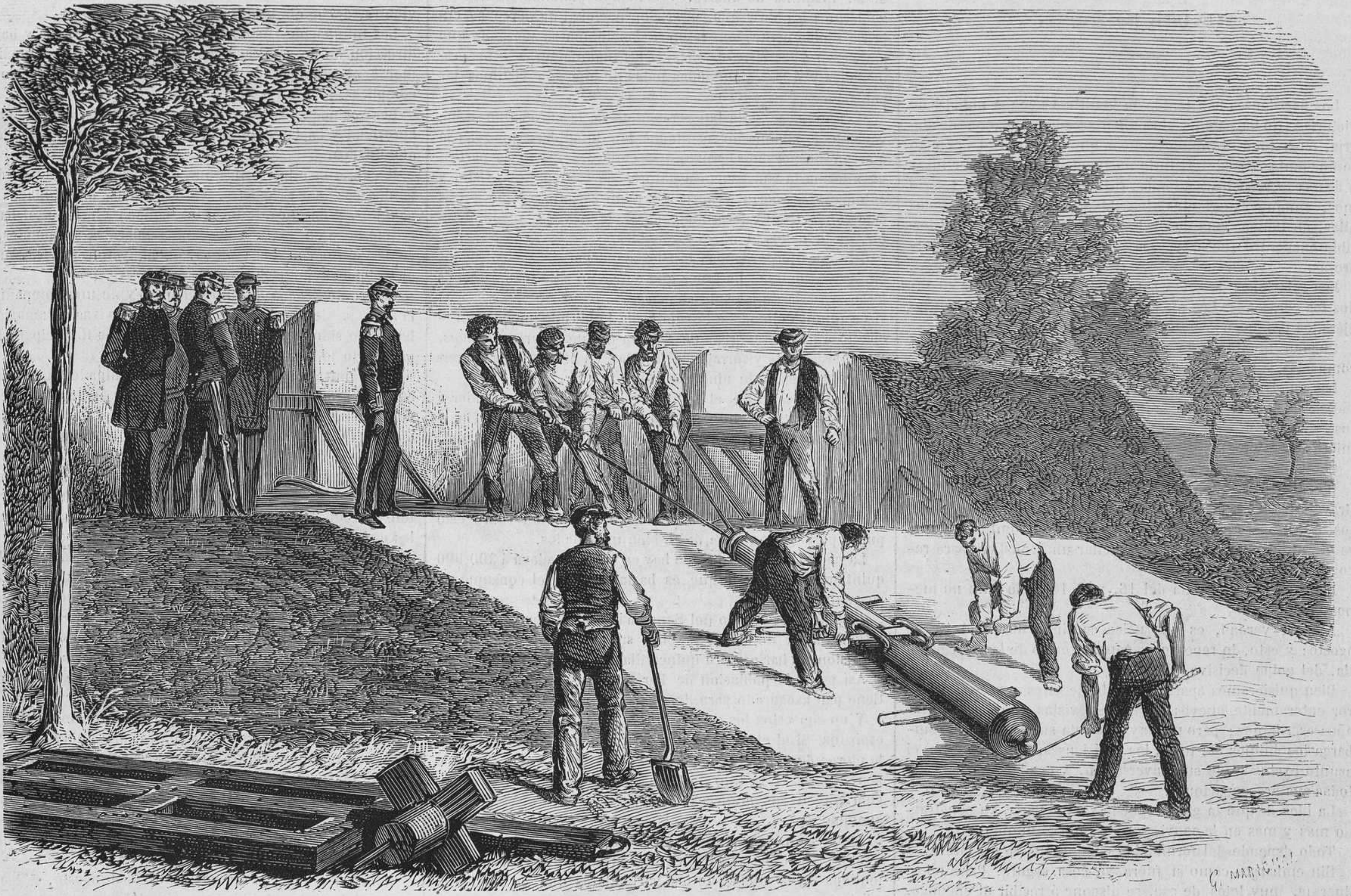
PARA SEGUIR LAS OPERACIONES MILITARES

EN ALSACIA Y EN LORENA.





LA DEFENSA DE PARIS. — Obras en el recinto fortificado : vista toma da en la Puerta Maillot.



LA DEFENSA DE PARIS. — La colocacion de los cañones.



LA GUERRA. — Los cuerpos francos. — Ovacion hecha á un cuerpo de francos tiradores de los Vosges, en la estacion de Nancy.

Revista de Paris.

Los parisienses han tenido en la última semana noticias de victorias. No ha habido, sin embargo, demostraciones de alegría, pues todo el mundo conoce que mientras el enemigo se encuentre en el territorio nacional, no debe haber lugar á fiestas ni regocijos. Además, las batallas á que nos referimos, aunque sangrientas, horriblemente sangrientas todas ellas, no tienen nada de decisivas. Son preliminares del terrible encuentro que se prepara entre fuerzas numéricas asombrosas.

Las relaciones de estas batallas infunden el pavor en todos los corazones. Los medios de destrucción que poseen los ejércitos producen resultados espantosos.

Quedan montañas de cadáveres en el campo en masas compactas.

Las ametralladoras hacen terribles destrozos.

De repente en medio de la acción se abren los regimientos, y aparecen esas máquinas de nueva invención que vomitan torbellinos de proyectiles.

Compañías enteras sucumben á su fuego.

Dicen las correspondencias francesas, que en la batalla de Gravelotte, los prusianos dejaron en el campo 8.000 muertos, que tuvieron 30.000 hombres fuera de combate, y que se vieron en la precisión de solicitar un armisticio para recoger cadáveres.

Esto fué en la batalla del 16, y el 18 hubo otra no menos mortífera.

A decir verdad, es una pelea continua desde el 14 de agosto; y esto, lo repetimos, como exordio de la gran batalla, del golpe decisivo.

Bien quisiéramos apartar la vista de estos cuadros de horror enteramente nuevos en estas revistas que hace tantos años escribimos; pero no hay modo de suprimir lo que embarga los ánimos de todos los parisienses, lo que forma el asunto exclusivo de su conversacion, y constituye en el día todas sus preocupaciones.

La idea de que la guerra puede venir á Paris, va penetrando mas y mas en la convicción de todo el mundo.

Todo depende del formidable choque que se prepara.

Sin embargo, como si fuera ya cosa segura, Paris no se duerme, muy lejos de eso, se dispone á recibir al enemigo.

Segun nuestras noticias, las clases trabajadoras están muy exaltadas, y piensan hacer resistencia no solo en los fuertes y en las fortificaciones con las tropas, sino aisladamente en cada calle y en cada casa.

¡ Paris convertido en un campo de guerra!

Parece un sueño, un sueño terrible, y no obstante, puede llegar á ser una realidad dentro de breves días.

Las imaginaciones trabajan sin cesar pensando en esta probabilidad calamitosa, y se forman proyectos, se proponen medios de defensa, que algunos de ellos llaman verdaderamente la atención pública.

Entre estos se cuenta la invención de M. A. Gaudin, calculador de la oficina de Longitudes, de la cual han hablado todos los periódicos, recomendándola á la autoridad competente.

Los sucesos de la guerra, dice M. Gaudin, se suceden tan rápidamente en perjuicio de la Francia, y el deseo de arrojar á los prusianos del territorio se ha hecho tan general en todas las clases á despecho de las opiniones políticas, que es tiempo de hablar de un proyecto que pueda asegurar la victoria.

El autor continúa en estos términos:

« Se trata de un arma de guerra que yo habia imaginado para el caso en que los prusianos consigan forzar el recinto de Paris.

» Por medio de mi nueva máquina de guerra colocada á la vez en el cerro Montmartre y en el monte Valeriano, entreveia yo la probabilidad de hacer imposible al enemigo la estancia en un radio de tres kilómetros partiendo de esos dos centros, es decir, en una buena parte del llano que rodea á Paris.

» Por falta de cumbres intermedias en la otra porción del recinto, se me ocurrió la idea de trasportar mis máquinas al mismo teatro de la guerra, lo que, con efecto, seria muy fácil.

» Mi invención es enteramente conforme con los usos de la guerra; no emplea balas explosivas, ni bombas cargadas de pólvora fulminante; pero no obstante, seria terrible, pues permitiria lanzar sobre un ejército concentrado, en el espacio de media hora, un millon de proyectiles que producirian graves contusiones á tres kilómetros, y podrian destruirle completamente á 1.500 metros.

» Los efectos de esta nueva máquina tendrian tambien la ventaja de causar el terror y el espanto, en razon á ciertas cualidades que le son propias, y que no podria explicar hoy sin divulgar una parte de mis secretos.

» Para fabricar mis máquinas con una provision que permitiera lanzar un millon de proyectiles, se necesitarian veinte dias de trabajo y una suma de 250.000 francos. »

Continúa el autor haciendo reflexiones sobre las ventajas de su máquina de guerra, y concluye pidiendo licencia al gobierno para abrir una suscripción nacional que cree se cubriria rápidamente, en razon á las inmensas pérdidas que amenazan á los ferro-carriles, á las manufacturas, á las propiedades y á las calamidades todas de que son víctimas las poblaciones.

M. Gaudin se halla tan persuadido de la eficacia de su invención, la supone de resultados tan infalibles, que piensa que en un porvenir próximo se empleará en todas partes, pues forma la consecuencia natural de lo que hoy existe, y entonces la guerra vendria á ser tan espantosa, que quizás esto conduciria al desarme general, la idea fija, añade el autor, de todos los hombres razonables.

Otra cuestion preocupa mucho á los parisienses colocados en la eventualidad de tener que sufrir un sitio mas ó menos largo, y es la de las subsistencias.

La municipalidad de la capital ha publicado un aviso ofreciendo á los labradores que traigan de fuera harinas, trigos, legumbres secas y forraje, la facultad de almacenar sus mercancías sin gasto de ningun género.

Esta medida, dice el aviso, tendra por efecto atender á los intereses tan legítimos de la agricultura y el comercio, y hacer de la capital un depósito de subsistencias en el cual, pasada la guerra, las comarcas de Francia que tengan necesidad podrán encontrar útiles recursos.

Entre tanto, tenemos ya en Paris provisiones en abundancia, si hemos de creer las noticias que nos dan sobre este punto periódicos que se dicen bien informados.

La cantidad de harina que hay en el día se eleva á 300.000 quintales métricos, lo que es bastante para el consumo de cuarenta dias.

Además, el prefecto del Sena ha impuesto á cada panadero la obligacion de añadir á sobre su reserva ordinaria, una provision de harina para quince dias de horno.

Así pues, la poblacion de Paris puede contar ya con que tiene pan asegurado para dos meses cuando menos.

Y no son estos los únicos hechos que tranquilizarán á los espíritus. Si el ejército prusiano viniese á Paris, muchos labradores de los departamentos limítrofes se apresurarian á penetrar en el recinto fortificado, trayendo los trigos que guardan en sus graneros, para no dejarlos á discrecion del enemigo.

Ahora bien, este refuerzo seria muy importante, y fácilmente esos trigos se convertirian en harina por los muchos molinos de la villa y de los particulares que en la capital existen.

Finalmente, observan los diarios de donde tomamos estas noticias, suponiendo que el ejército prusiano ponga sitio á la capital, es de creer que será impotente para cercar toda la plaza é impedir las salidas y la llegada de granos.

Por otra parte, como el pan no es un alimento que corresponda á todas las eventualidades, dicen tambien que el comercio posee grandes provisiones de arroz, de pastas alimenticias, de legumbres secas, quesos, etc. En cuanto á los vinos y espirituosos, hay tal abundancia, que las existencias de los depósitos son considerables.

Por lo que hace á la carne, se esperan igualmente grandes remesas de cabezas de ganado.

En suma, la cuestion de subsistencias ocupa muy atentamente al gobierno, y se toman todas las medidas oportunas para que Paris este bien surtido por si tuviera que sostener un asedio largo.

Ya sabemos que, como era natural en las circunstancias presentes, Paris se encuentra en estado de sitio.

Ahora bien, en la última semana han funcionado ya los consejos de guerra, para juzgar un espantoso atentado que llenó de consternación á los habitantes en la tarde del domingo 14 de agosto.

Los datos que publicó la prensa oficial sobre esta criminal tentativa pondrán á nuestros lectores al corriente de los hechos.

« En uno de los últimos dias, dice el *Diario oficial*, la autoridad ha ocupado en la via pública y en casa de un sugeto á quien se ha puesto preso, varios revolvers de gran calibre, cartuchos y puñales de una dimension y de una forma que los hace muy peligrosos.

La penúltima noche, en una casa aislada y próxima á las fortificaciones, se practicó un reconocimiento que dió por resultado el hallazgo de listas de afiliados, de cintas y de banderas encarnadas, de varios distintivos de afiliacion, de un estado de las tropas que ocupan los fuertes que rodean á la capital, y de una tarjeta de una persona que está al servicio de uno de los soberanos en guerra con Francia.

En la tarde del domingo 14 de agosto, á las cuatro, una turba de 60 á 80 hombres armados todos de puñales y de revolvers exactamente conformes con los modelos anteriormente cogidos, atacaron el cuerpo de guardia del cuartel de bomberos, situado en el boulevard de la Villette, y arrojáronse contra sus individuos.

El centinela recibió una puñalada; otro bombero quedó gravemente herido á consecuencia de tres balazos, y desaparecieron cuatro fusiles del cuerpo de guardia.

Los municipales del distrito XIX que acudieron allí en el acto recibieron una descarga; uno de ellos cayó muerto, y tres quedaron heridos de tanta gravedad, que los médicos

desesperan de salvar la vida de dos de ellos. A una niña de cinco años de edad le alcanzó una bala de revolver en el vientre, dejándola muerta en el acto.

Los municipales mandados por un oficial de paz y bajo la direccion de un comisario de policia, detuvieron inmediatamente al principal autor del desorden y á cuatro de sus cómplices.

Los vecinos se apresuraron á ayudar á los agentes de la autoridad y hasta capturaron por sí mismos á algunos de los amotinados.

Recobráronse los fusiles que los revoltosos quitaron á los bomberos; se recogieron varias armas abandonadas por aquellos, y despues de tocar á llamada en todo el barrio, reuniéronse en seguida bastantes guardias nacionales, los cuales junto con los vecinos contribuyeron poderosamente al restablecimiento del orden.

La pronta llegada de un escuadron y de una compañía de la guardia de Paris fué saludada con vivas aclamaciones, habiendo sido tambien objeto de ellas los municipales, que por cierto lo merecian por su arrojo.

Los comisarios de policia y sus subordinados tuvieron que emplear grandes esfuerzos para proteger contra la indignacion pública á los amotinados presos, cuyo número asciende á unos 50, los cuales fueron conducidos al depósito de la Prefectura, habiéndose hecho otro tanto por la noche con dos hombres á quienes designó como revoltosos un estudiante en el boulevard de la Villette y opusieron viva resistencia, rehusando contestar á las primeras preguntas que se les dirigieron.

Desde las cinco en adelante el boulevard de la Villette volvió á recobrar la tranquilidad; una multitud compuesta de 3.000 á 4.000 personas continuó persiguiendo á los amotinados poseida de la mas viva indignacion.

A las seis y cuarto otros hombres volvieron á acometer al centinela del mismo cuerpo de guardia; dos de ellos fueron detenidos por los guardias nacionales y conducidos al cuartel. Llevaban grandes puñales. »

Instruido rápidamente el sumario contra los principales amotinados, resultaron cargos contra cinco individuos, todos ellos obreros de distintos oficios, á saber:

Hamilhat (Jean), cuarenta años; — Robidat (Léon-Fortuné), treinta y tres años; — Banvoust (Auguste), veinte y nueve años; — Drest (Auguste), treinta y cinco años; — de Saint-Hubert (Léon-Xavier), treinta y seis años: este último es belga.

Reunido el consejo de guerra el 20 de agosto, se leen los partes del capitán de gendarmería, del comandante de bomberos, y de los diversos agentes de la fuerza pública, en los cuales constan los crímenes de atentado de saqueo á mano armada y de asesinato, como se ha visto en los datos que preceden.

Todos los procesados niegan haber tenido en el motin la parte que la acusacion les atribuye.

Dicen que se encontraban entre la muchedumbre y que les prendieron porque les tomaron por prusianos.

Entre las declaraciones de los testigos hay algunas muy interesantes.

M. Cotres, oficial de bomberos, jefe del cuerpo de guardia que atacaron, se hallaba en mangas de camisa en su casa leyendo un periódico, cuando oyó un ruido de pistolazos.

— ¿Qué es eso? preguntó á su mujer.

— Son asesinos.

— ¡Asesinos!

— Sí, están matando soldados, toma tu sable y tu revolver.

M. Cotres se armó á toda prisa y salió al encuentro de aquellos desalmados.

Serian entonces las tres y media de la tarde, y los amotinados habian tirado ya contra el centinela.

— ¿Qué quereis? les pregunta.

— ¡Queremos armas, para ir al Cuerpo legislativo!

El oficial no quiso entregarlas, y mientras resistia trató de negociar con los agresores con la idea de que evacuaran el cuartel, lo que al fin consiguió.

Despues se hicieron las prisiones.

M. Cotres habló con un hombre corto de estatura, que parecia el jefe de la banda, pues mandaba á hombres armados de puñales.

El individuo á quien se refiere no se hallaba presente en el consejo.

El centinela del cuartel, á quien dispararon un tiro hiriéndole en el brazo, no reconoce á ninguno de los acusados, excepto á Hamilhat, que formaba parte del grupo que invadió el cuartel, aunque no fué de los que le tiraron.

Sin embargo, Hamilhat niega con insistencia, diciendo que no se encontraba en el grupo de que hablan.

Entre los que declaran en favor de Hamilhat, se distingue principalmente M. Teófilo Silvestre, que le representa como un hombre de carácter infantil, no obstante sus excentricidades.

Toda su fortuna la ha disipado por exceso de generosidad, no porque sea un hombre vicioso.

— Es un hombre honrado con traza de bandido, dice M. Teófilo Silvestre. Mas de 300.000 francos se ha comido dando de beber al universo entero.

No hay para qué decir que estas palabras produjeron una

risa general, que llegó aun á los miembros del consejo. — Además, es tan vanidoso, añadió su cándido defensor, que estoy seguro de que se va á poner furioso conmigo porque hago su fiel retrato. Pero le acabaré diciendo que es un hombre tan extravagante, tan original y tan pintoresco, que mis amigos y yo conseguimos interesar al señor prefecto de policía para que le diera una posición lucrativa en una administración de camino de hierro. Por supuesto que al instante se indispuso con sus jefes, por sus excentricidades, no por otra cosa. Es un insensato, que no se le puede acusar de tener ideas políticas de ninguna especie.

Afortunadamente para Hamillhat, que protesta contra el retrato trazado por su amigo, otros testigos declaran que no pueden afirmar que formase parte de las turbas.

El mas comprometido es Drest, á quien prendieron con uno de los fusiles robados en el cuartel de bomberos.

Sus explicaciones son confusas; dice que vio gente corriendo y que un individuo le arrojó un fusil que él recogió porque nadie le quería.

Pero hay un testigo que le pidió el fusil, y á quien Drest respondió que era suyo.

Otros testigos le vieron gesticulando con el fusil en la mano á la cabeza de las turbas.

Concluidas las declaraciones de los testigos y las discusiones á que dieron lugar, se suspendió la audiencia para continuar al cabo de dos horas.

Oidas las defensas de los acusados, el consejo dió una sentencia en cuya virtud quedaron absueltos Hamillhat y Banvoust, se condenó á diez años de trabajos forzados á Robidat y Saint-Hubert, y á Drest á la pena de muerte.

Tal ha sido el resultado del proceso instruido contra la primera serie de los autores del horrible atentado de la Villette.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

UN DISEÑO.

Es tu labio voluptuoso
Como una emoción de amor,
Embriagante y delicioso
Como el beso misterioso
De una flor con otra flor.

Es radiante tu mirada
Cual fugaz exhalación,
Y ora brillante, animada,
Ora lánguida, apagada
Me enajena el corazón.

Suena tu voz en mi oído
Como brisa matinal,
Como murmurante ruido,
Como lánguido gemido
De albo seno virginal.

Como sueño que acaricia
Es tu aliento embriagador:
Y me inunda de delicia
Como inocente caricia,
Como suspiros de amor...

Como despliega la brisa
Los pétalos de un botón,
Tal tu mágica sonrisa
Abre tu labio que hechiza
Con suavísima presión.

PIA RIGAN.

La literatura italiana.

(Continuación.)

Pero donde con mas brillantez se mostraron la seguridad de su talento, la fuerza de su elocuencia y la extensión de sus conocimientos, fué sin duda en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en las *Historias florentinas* que dedicó al papa Clemente VII, en la vida de *Castruccio Castracani*, en los siete libros del *Arte de la guerra*, y finalmente en su *Tratado de las emigraciones de los pueblos setentrionales*, etc.

Nada queremos decir de sus cuentos, tales como el del

Asno de oro, calcado sobre el de igual título de Apiano y Apuleyo, y el *Belfagorre* (1), que imitó La Fontaine, y en el cual se hace muchas veces caso omiso de la decencia y buenas costumbres. La misma inculpação puede hacerse á su comedia de la *Mandragora*, por lo cual no nos detendremos en su análisis, sin embargo de ser la primera composición cómica italiana escrita fuera del antiguo influjo y de haberla traducido al francés J. B. Rousseau. Imprimióla este en 1723.

La segunda comedia que escribió Maquiavelo, la *Clitelia*, es imitación de la *Casina* de Plauto. El asunto de la tercera le forma un fraile llamado fray Alberico, hipócrita taimado y avaro escandaloso, del cual el *Tartuffe* de Moliere parece ser una feliz imitación, muy superior á su modelo.

Siempre es cierto, empero, que estas tres comedias, las mejores que existían hasta la sazón, ofrecen novedad en la intriga, viveza en el diálogo y verdad en los caracteres.

En este mismo siglo adquirióse una escandalosa celebridad un hombre, dotado es verdad de mucho talento poético, pero que le oscureció con la publicación de las obras mas infames y con su conducta libertina y depravada hasta el último grado.

Pedro, llamado el *Aretino* (1492-1537), de su patria Arezzo, era hijo natural de un gentil hombre dicho Luis Bacci. Su orgullo é imprudencia fueron aun mayores que su celebridad que fomentaron Carlos V, Francisco I, y por su orden respectivo los pontífices Leon X, Clemente VII, Paulo II, Julio III, el cual estuvo á punto de nombrarle cardenal cuando ya habia dado á luz sus mas obscenas producciones.

Prostituía su pluma vendiéndola por oro en los elogios poéticos que prodigaba á dichos soberanos contra los cuales fulminaba violentas sátiras, tan pronto y por poco que escasease su generosidad, por lo que se le llamó *azole de los príncipes*. Otro apellido se le dió por sus coetáneos, bien que con mucha menos justicia; llamáronle *el divino*, epíteto que nunca olvidó poner en su firma, que era así: *el divino Aretino*.

El mariscal Strozzi, el pintor Tintoretto y otros muchos particulares, no tan sufridos como los monarcas y los pontífices, apelaron con frecuencia al palo y otros medios violentos para contener su pluma venenosa. Su muerte empero fué digna de su vida. Hallábase á la mesa en compañía de algunos amigos, de los cuales uno le contaba las aventuras y destemplanzas de sus dos hermanas establecidas en Venecia. Parecíanle á Aretino muy cómicas y se revolvió en la silla riendo estrepitosamente, cuando habiendo esta caído al impulso de una carejada, dió con la nuca en el suelo y murió en el mismo instante riéndose aun en medio de horribles convulsiones.

Dejó tres cantos de un poema intitulado *las Batallas*, dos de otro llamado *las Lágrimas de Angélica*, y otros dos cantos del poema *Marfisa*; y cinco comedias, *la Cartegiana*, *el Marescalco*, *la Talanta*, *l'Appocrito*, *el Filosofo*, de las cuales las dos últimas indican un verdadero talento dramático. La versificación es pura, fácil y abundante en imágenes y originalidad, pero tan buenas cualidades las borran sus obras escandalosas é impías. Y este mismo hombre, que producía semejantes obras, traducía en muy buenos versos los *salms penitenciales*, y escribía la *Vida de la Virgen* y otras composiciones sagradas. Sin hablar de otras muchas obras suyas, citaremos solamente los seis libros de *Cartas familiares*, donde se muestra tan buen prosador como antes apareció poeta excelente. La Academia de la Crusca, de que era miembro, le continuó en la lista de los clásicos italianos. Muerto ya, se escribió para él el siguiente epitafio que, como el oráculo de los latinos: « Aio te Æacidas Romanos vincere posse » tiene doble significado:

Qui giace l'Aretin, poeta toscano,
Di tutti disse mal fuerché di Cristo
Scusandosi con dir non lo conosco (2).

Tuvo el Aretino un digno émulo en Nicolás Franco, cuya muerte fué aun mas desastrosa que la de aquel. Su *Priaapea* es una colección de novelas infames en que ni se perdona al mismo Aretino, contra el cual se desencadena sin duda por rivalidad, á pesar de que siguió sus huellas. Cuéntase tambien entre sus obras poéticas, el *Tempio d'Amore*. Fatigado Pio V de sus sátiras, no menos sacrilegas que indecentes, mandó ahorcarle en 1569.

Pertenece tambien á este siglo Folengi, que se manifestó con poesías en latin, romance ó macarrónicas, bien que habiendo entrado luego en religion en 1526, consagró su número á poemas sagrados, entre los que descuella la *Vida de Jesucristo* en octavas.

Puede citarse tambien á Mauro, imitador de Berni; Fracastor, Pontano, Vida (3), y un regenerador del arte

(1) Del Belfagorre de Maquiavelo, publicó tiempos pasados un periódico de esta ciudad, una bellísima traducción, hallada entre los papeles del malogrado don Manuel Cabanyes.

(2) « Aquí yace el Aretino, poeta toscano, que de todos habló mal menos de Cristo, excusándose con decir *no lo conosco*. (No le sé). Se ve que *conosco* lo mismo se refiere á Cristo que á mal.

(3) Vida es el autor de un arte poética en versos latinos que tuvo en ciertas épocas no menos autoridad que la de Horacio, á quien imitó.

dramático en Italia, Antonio Grazzini, florentino (1503, 1573), entendido por *Il Lasca*, autor de siete comedias, entre las cuales se citan con preferencia la *Pinzocchera*, la *Gazmoña é I Parentadi*. Son suyos tambien dos poemas burlescos, llamado el uno *Nanca*, ó guerra de los Enanos, parodia de la *Gigantea* de Forabosco, y el otro *Guerra de Mostri*, y además una serie de cuentos por el estilo de Bocacio.

Entre los poetas cómicos que, insiguiendo á Lasca pintaron en la escena las costumbres y vicios de su sociedad, ocupa un buen lugar Firenzuola, nacido en 1493, que compuso la *Trinuvia*, las tres bodas (1), y los *Duc Lucidi*, nueva imitación de los Menecmos de Plauto. Ambra, Salviati y Caro fueron tres famosos poetas cómicos. El primero escribió *Il Furco*, la *Cofanaria é I Bernardi*. Anibal Caro, á mas de algunas comedias, tradujo dignamente la *Enéida*, y publicó una colección de poesías líricas que se comparan con las de Bembo y Petrarca.

Iban multiplicándose en Italia las piezas de teatro, y si hemos de dar crédito al sabio Allucci en su *Dramaturgia* (1640), pasaron de mil las comedias compuestas en el siglo XVI, y de cinco mil las impresadas desde 1500 á 1636.

Es digno de particular distinción un contemporáneo de Lasca y Firenzuola, á quien se debe en realidad el drama pastoral. Fué este Agustin Beccari (1540-1590). Su pieza, intitulada el *Sacrificio*, se estrenó en 1554 en la corte de Hércules II, duque de Ferrara, é imprimióse el año posterior.

Fué igualmente fecunda en buenos historiadores esta época, y se citarán eternamente como clásicos en este ramo de la literatura, primero Paulo Jovio (1483-1552), alternativamente pensionado por Francisco I, Carlos V, Cosme de Médicis, y autor de una *Historia general* en cuarenta y dos libros; Nardi, elegante traductor de Tito Livio y escritor de la *Historia de su patria Florencia* (1476-1558); Nerli (1485-1546), senador florentino, y autor de los *Commentari de Fatti civili occorsi nella citta di Firenze* desde 1415 hasta 1537 (imprimióse en folio en el mismo Florencia en 1728); *Guicciardini*, el mas ilustre de todos (1482-1540), que granjeó justamente el nombre de Tito Livio italiano por su *Historia de Italia* en veinte libros, traducidos en casi todas las lenguas de Europa. Obtuvo tambien mucha reputación por su version de Tácito é *Historia del cisma de Inglaterra*, Davanzati-Bostichi, muerto en 1606.

De los hombres ilustres, historiadores, sabios y poetas que florecieron en los siglos XV y XVI, uno pareció atraer sobre sí solo la gloria de todos por medio de las mas difíciles de las producciones, en la cual aventajó á sus antepasados, y en que nadie le igualó posteriormente; Torcuato Tasso.

Nació en Sorrento en 14 de marzo de 1544, y á la edad de solos diez y ocho años se dió al público con ventaja con el *Reinaldo*, primer modelo de la epopeya moderna, en la cual habian ya probado sus fuerzas Pulci, Boyardo, Poliziano, Alamanni, Bernardo Tasso, el Trisino y otros. Al *Reinaldo* siguió la *Aminta*, drama pastoral en cinco actos, representado en el palacio ducal de Ferrara en 1574.

Después de la *Aminta* apareció su *Jerusalén libertada*, empezada en Ferrara en 1563 y terminada en 1583, con la cual, y por ser un poema verdaderamente épico, hizo su nombre inmortal, eclipsó para siempre la *Araucana* del español Ercilla, y las *Lusiadas* de Camoens, de quien era el Tasso admirador, tomó asiento al lado de Homero y Virgilio, y se hizo rival del Ariosto, bien que, como precedentemente hicimos observar, el *Orlando* no debe considerarse en clase de poema épico, segun los modelos que nos dejaron los antiguos. El Tasso, siempre grande y sublime, jamás abate su vuelo; el interés que inspiran sus personajes va siempre en aumento, sin que ni un punto dañe al de su héroe principal. Bullon, Tancredo, Reinaldo, Argante, Soliman, Saladino, Ismenes, Clorinda, Erminia, Armida son todos ellos caracteres trazados por pluma maestra.

Además, el Tasso elevó la lengua italiana á su mas alto grado de perfección, y creó, si puede así decirse, un nuevo idioma poético. Su dición es pura, armoniosa y fácil, y de una plumada nos traza una imagen, y con un solo verso bosqueja un cuadro. Dotado de imaginación fecunda, sobresale particularmente en la narración de batallas, y bastarian los cantos de Erminia, del bosque encantado, de Armida, de la muerte de Clorinda y de la de Argante, y cada uno de los discursos del piadoso Bullon, bastarian, repetimos, para colocarle en el puesto de los mas distinguidos poetas. Es muy común criticarle sus *concelli* ó pensamientos alambicados (que aun cuando los hubiera, quedarían compensados con las otras bellezas), sin considerar que semejantes *concelli* son expresiones particulares y características de la lengua en que escribió.

(Se continuará.)

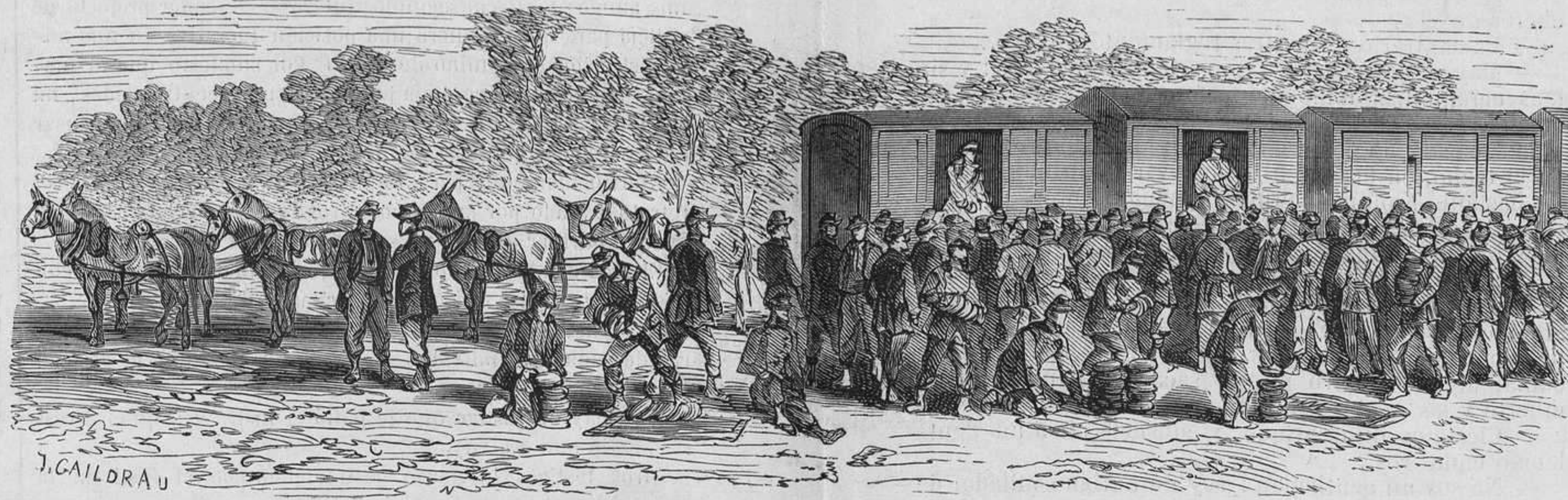
(1) Debemos á M. Biagioli una excelente edición de esta comedia, igualmente que de otras obras del Dante, Petrarca, etc., ilustradas con comentarios que manifiestan claramente su buen gusto y lo mucho que ha profundizado en la literatura de su patria (M. Bocous). El señor Biagioli, lo mismo que el señor Antonio Buttura, entrambos emigrados políticos, si no nos han engañado los informes, son apreciables por el celo con que propagan en Francia las obras maestras de la literatura de su país, realizándolas con buenas ediciones, y cuando la ocasión lo reclama, con explicaciones y biografías de sus autores.

Los diez y ocho batallones de la guardia movilizada, se hallan actualmente en el campamento de Chalons. Su instalacion está bastante lejos del Gran Mourmelon, sobre la derecha, á ocho kilómetros de la estacion del ferrocarril. Todos ellos están muy animados.

Los fusiles que se les habian dado eran del armamento antiguo; pero muy luego se cambiaron por chassepots. Sus tiendas están muy bien dispuestas, como puede verse en nuestros dibujos. Las ocupan de seis en seis, menos las de los oficiales que son para dos.

Todos los días, de seis á ocho de la mañana, se hace el ejercicio y maniobran ya con una precision notable.

LA GUARDIA MOVILIZADA EN EL CAMPAMENTO DE CHALONS.

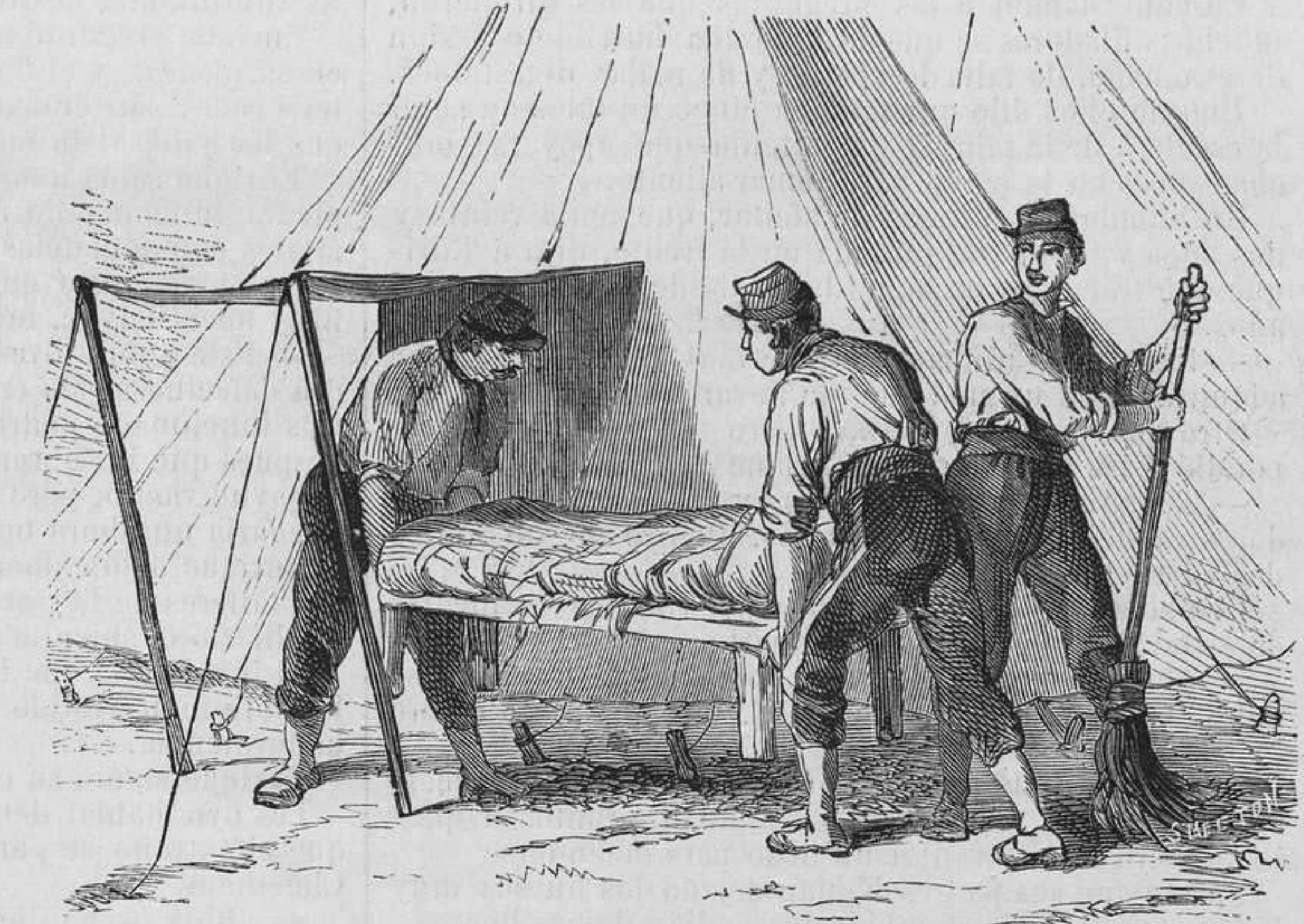


Llegada de un convoy de víveres.

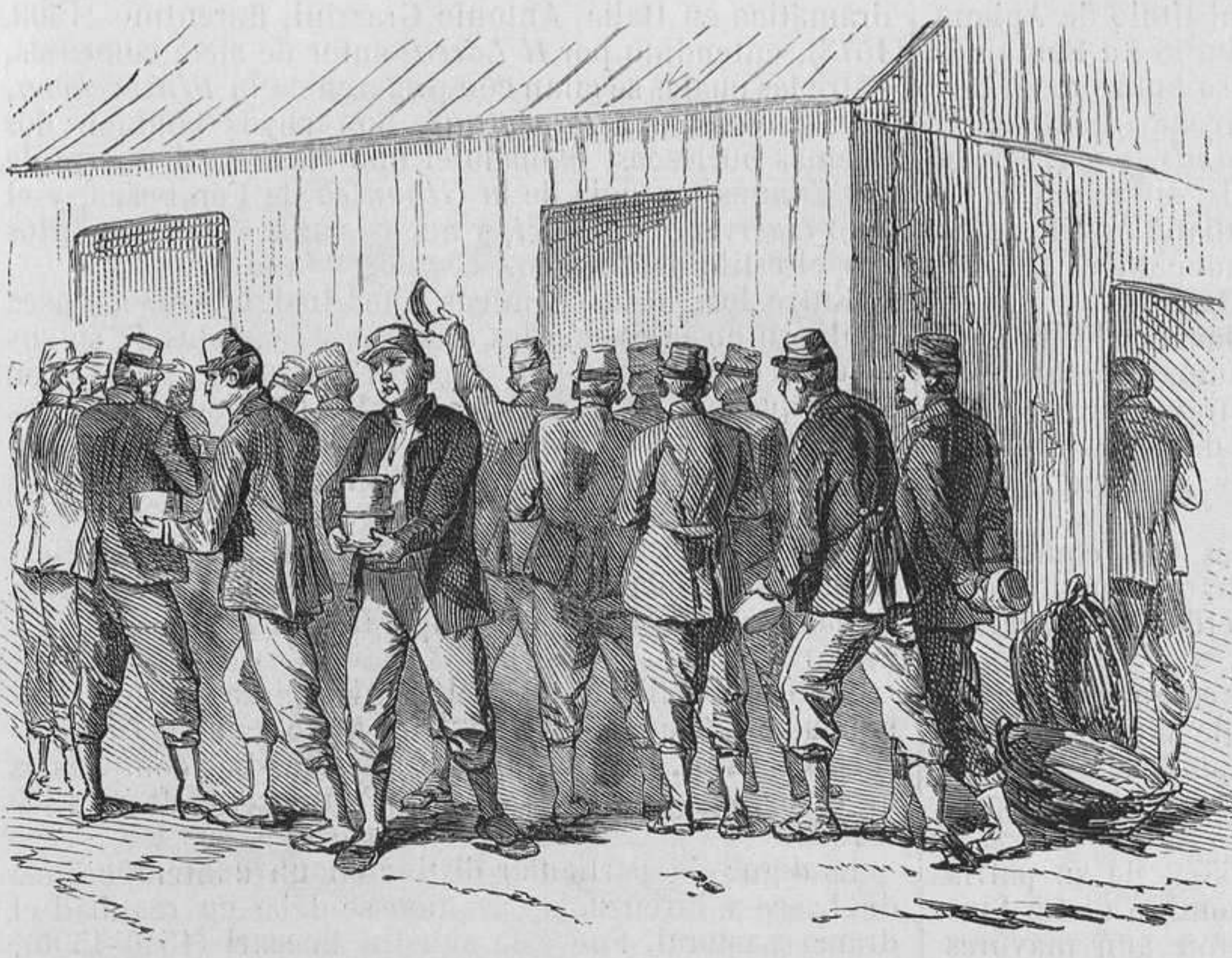
Hay muchas tropas con ellas, en cuyo número figuran cinco ó seis mil hombres del primer cuerpo en via de reorganizacion. Los jóvenes movilizadlos los imitan perfectamente; sus oficiales tienen un amor propio que promete mucho. Indistintamente son todos soldados.

Lo que les seduce muy poco es la confeccion del rancho. Sin embargo, poco á poco se acostumbrarán y serán en esto como en lo demás, lo mismo que la tropa.

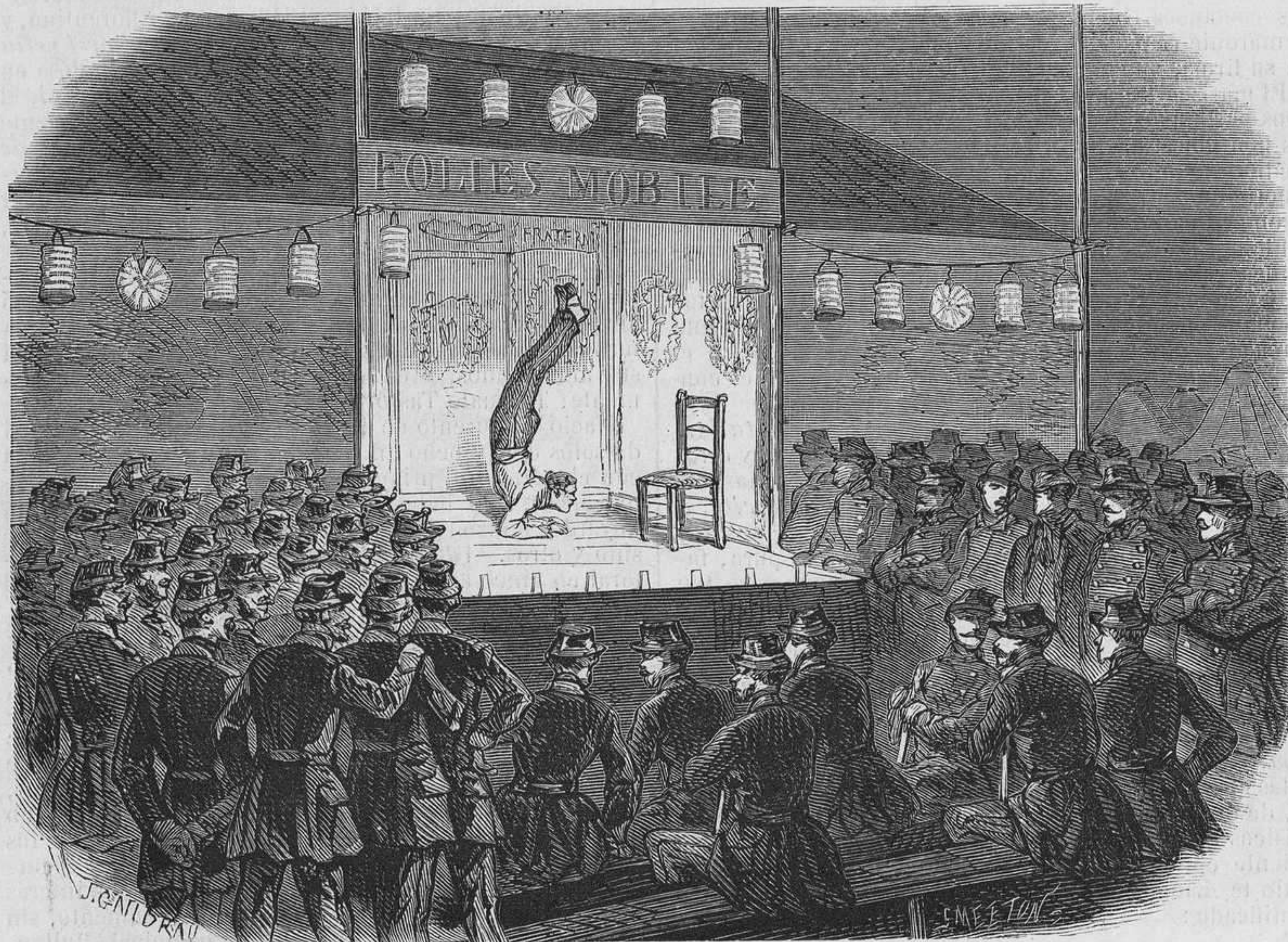
Los primeros días hubo algunos molines, de los que ya no han quedado ni señales. Así debía ser. Ante el peligro de la patria, los guardias movilizadlos comprendieron al instante que era necesario que se sometieran á



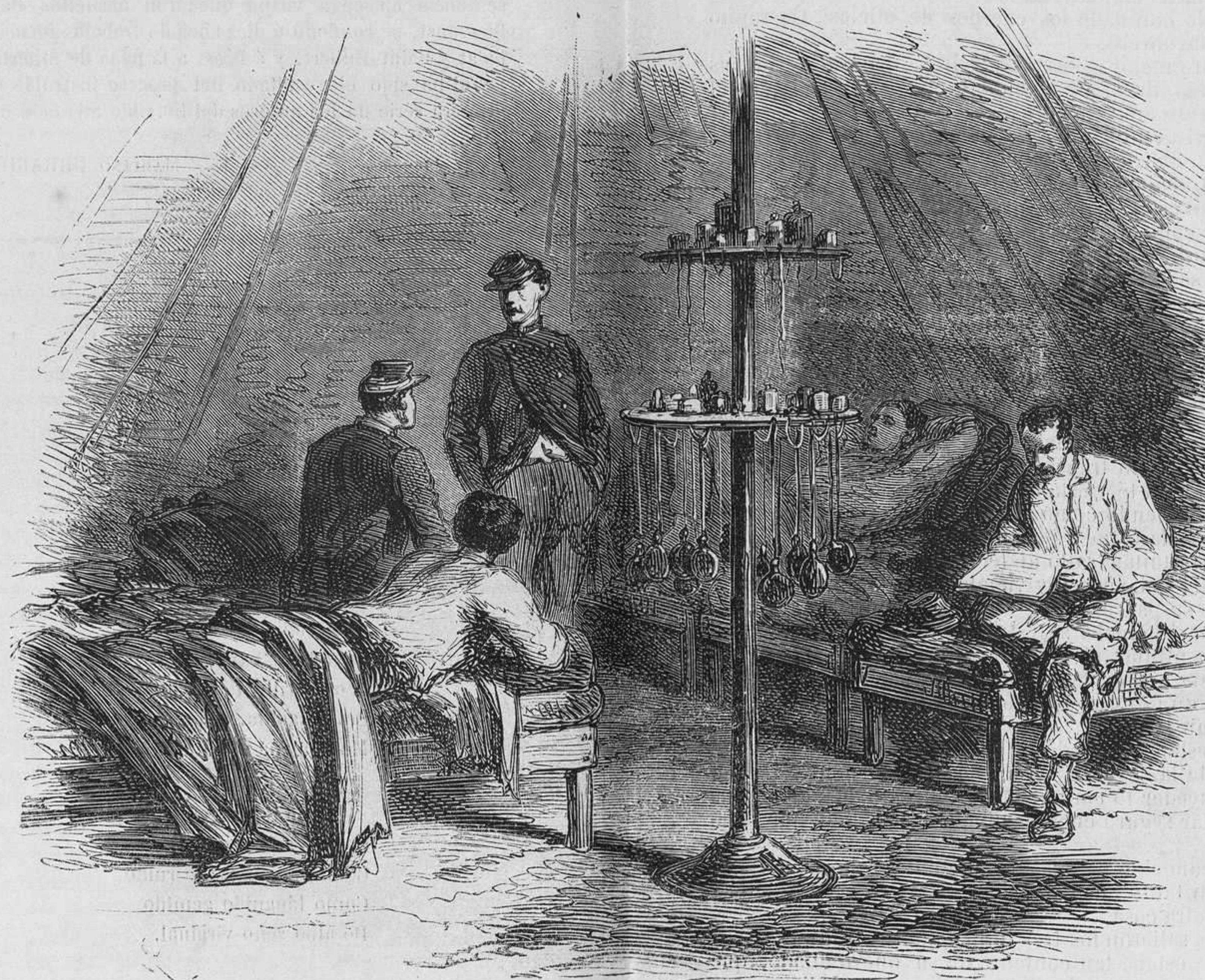
Vista exterior de una tienda.



La distribucion del rancho.



El teatro.



Aspecto interior de una tienda.



El teatro: los bastidores.

la misma disciplina, á los mismos servicios y á la misma vida que el soldado. Además, soldados y guardias movilizadlos se entienden y fraternizan perfectamente.

En su campamento han instalado un teatro y se ha formado entre ellos una compañía de jóvenes actores que recuerdan á los principales artistas parisienses. La apertura de este teatro se efectuó el 8 de agosto, pero debemos confesar que no tuvo gran éxito. Los ánimos estaban preocupados con otras cosas. Ya llegará el tiempo de las diversiones, cuando el escenario se ilumine dignamente con el fuego de la victoria.

Los guardias movilizadlos son de esta misma opinion, y así es que lo que les ocupa casi exclusivamente, es todo aquello que puede apresurar su instruccion militar.

La orden del día que les leyeron en su campamento el 15 de agosto, es la expresion de los sentimientos que les animan.

Hé aquí lo que decía:
 « Guardias movilizadlos:
 » El 15 de agosto es ordinariamente un día de regocijo en toda la Francia; pero para vosotros como para todos aquellos que sienten palpar un corazón en su pecho, no puede haber ya día de fiesta en tanto que el extranjero pise el suelo de la patria. Se os van á dar armas. Aprended pronto á manejarlas para ir á vengar á nuestros hermanos, cuya sangre ha corrido en Forbach y Reichshoffen. Cayeron como caen los valientes ante el enemigo. Que su último grito antes de morir sea también el nuestro:

« ¡Viva Francia!
 » ¡Mueran los prusianos!»

Vengar á sus hermanos: hé ahí cuál es ahora su idea fija, y por alcanzar ese objeto se esfuerzan con tanto ardor en aprender el manejo de las armas. En esas disposiciones les encontró la noticia del feliz combate de Longeville.

Juzguese el efecto que la nueva produccion en todos esos jóvenes inflamados con el mas generoso entusiasmo por aquel tiempo que anuncia un cambio de fortuna.

Todos desean salir cuanto antes contra el enemigo.
 C. P. D.

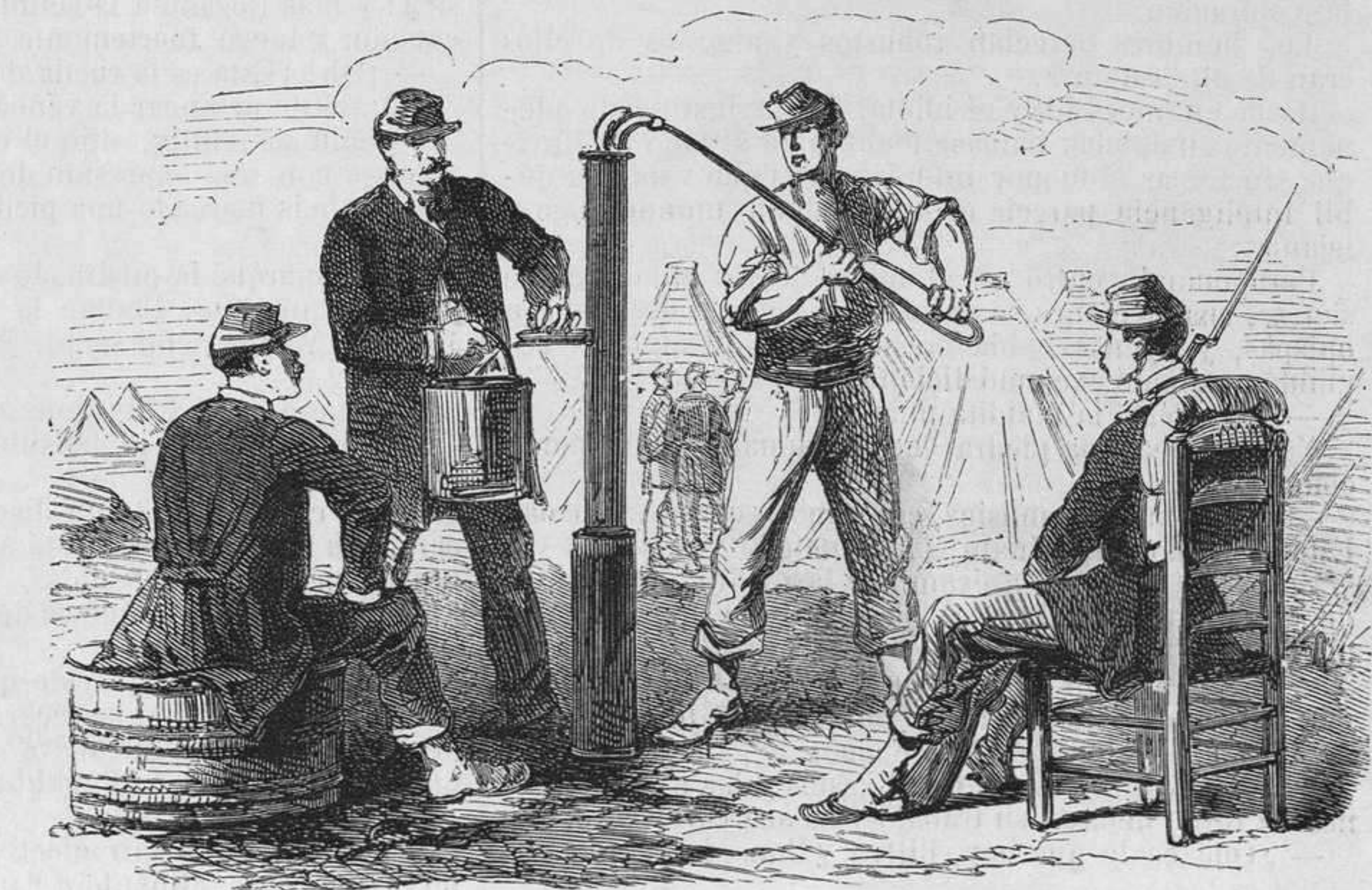
Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

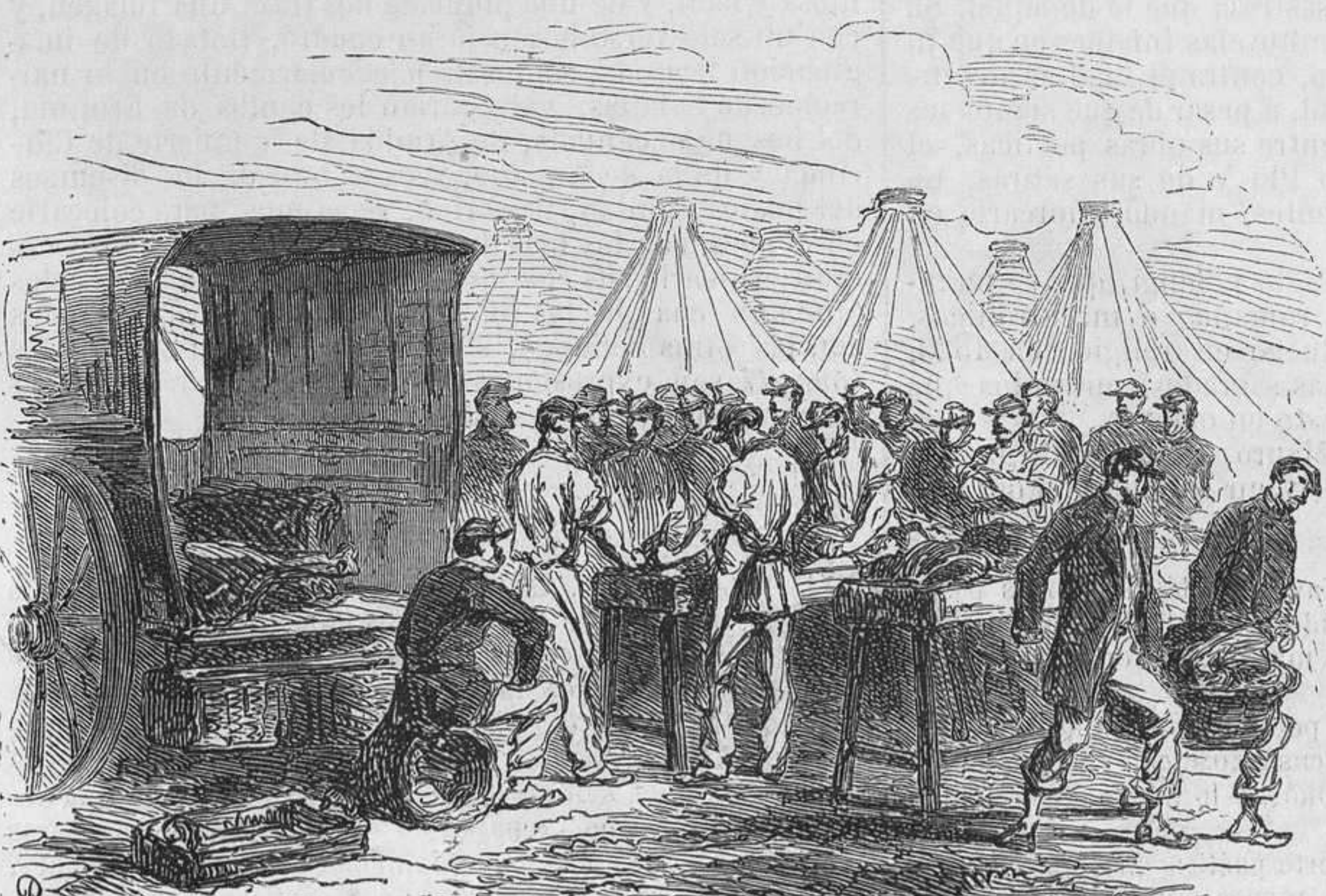
Esto provenia en parte de la posicion del afilador sobre su caballete, posicion muy perjudicial á los órganos de la respiracion, y en parte de las dos especies de polvo de que estaba cargado el aire: no se veian mas que rostros cadavéricos, cuyos músculos expresaban el dolor y se oian toses secas y broncas ó acompañadas de una expectoracion espumosa, propia de aquel género de trabajo.



La vuelta al campamento.



La bomba.



La carniceria.

En contestación á las preguntas que les dirigieron, muchos afiladores se quejaron de una horrible opresión de estómago, de falta de apetito y de malas digestiones.

Uno de ellos dijo que tardaba cinco minutos en subir la escalera de la fábrica y que tenía que apoyarse muchas veces en la pared para tomar aliento.

Un afilador de navajas de afeitar, que tenía veinte y dos años y la muerte pintada en la frente, dijo á Enrique que trabajaba en aquel taller desde la edad de once años.

— Pronto los niños caen enfermos, le dijo; y yo he adquirido aquí un mal que me llevará al sepulcro.

Otro que parecía enfermo, pero no moribundo, respondió á las simpatías de Enrique con estas palabras:

— Tengo veinte y ocho años, y un afilador de tenedores es viejo á los treinta años. Dentro de un año ó dos caeré como los otros.

Una sola de aquellas víctimas pensaba en los medios de evitar la enfermedad y la muerte.

— Algunos amos, dijo, dan abanicos para preservar del polvo á los afiladores, pero M. Cheetham no quiere hacer ese gasto.

Los demás á quienes Enrique dirigió la palabra, aceptaban su suerte murmurando. Estaban prontos á quejarse, pero no á levantar un dedo para defenderse.

Puesto que sus padres habían dejado los huesos muy jóvenes en el oficio, también los podían dejar ellos.

Indiferentes á la vida, á la salud, á la felicidad, se exaltaban, sin embargo, con la idea de seis peniques mas ó menos por semana.

En otros términos, el precio de su sangre no era nada, el de su trabajo era todo para ellos.

Convencido de esto Enrique cambió su manera de ver y entró en las miras del doctor Amboyne.

Sentíase confuso y comenzaba á vacilar entre el odio, el desprecio y la conmiseración.

¿Con que eran aquellos seres consagrados á la muerte los que le habían quitado el sustento? ¿Aquellos hombres podían calcular tan mal la importancia de las cosas, que se declaraban en huelga porque un individuo inofensivo fabricaba y completaba por sí solo las herramientas de esculpir, en tanto que ellos ni siquiera pensaban en imponer por condición de su trabajo el tener abanicos preservativos contra un polvo mortal?

Parecíale que era prodigar su odio inútilmente, el dirigirse contra aquellos ciegos idiotas.

Había visitado los talleres de los «afiladores en seco» y pasó despues á los que trabajaban «con agua», donde se convenció de que el oficio de los segundos era mas sano que el de los primeros, aunque todavía dejaba mucho que desear.

Los hombres recibían el polvo de piedra, cuantas veces montaban una nueva piedra y la ponían en movimiento.

También padecían una especie de tumor canceroso en las manos, y reumatismos é inflamaciones, á consecuencia de las traspiraciones cortadas por las corrientes de aire y la humedad de los suelos constantemente inundados.

Los suelos, por lo regular, eran de tierra, de modo que aquella humedad les helaba los piés, en tanto que tenían mucho calor en lo restante del cuerpo.

¡Excelente receta para poblar los cementerios!

Bayne se volvió á su despacho y Enrique pasó á los talleres de los afiladores de sierras, y no sin gran interés, pues formaban un cuerpo de oficio muy envidiado.

Durante muchos años los gobernó Grotait, que veía mas claro que muchos hombres en Inglaterra, aunque había hombres como el doctor Amboyne que veían mas claro que Grotait.

Este último, por una política maquiavélica, una combinación ingeniosa, que ponía en juego por la fuerza, la astucia, la audacia, la benevolencia ó la dureza, según las circunstancias, había construido una Unión modelo, donde, gracias á su celo y á una vigilancia incansable, lograba mantener los precios elevados, limitando el número de obreros, lo que constituye el gran problema de las Uniones.

El trabajo de los afiladores de sierras era penoso, pero se ejecutaba en una posición favorable á los órganos de la respiración.

Los hombres parecían robustos y algunos de ellos eran de alta estatura.

Hasta entonces Billy el idiota, había justificado plenamente su apodo: habíase mantenido al lado de Enrique sin tomar el menor interés por lo que veía. Su débil inteligencia parecía errar en algun mundo vago y lejano.

Pero cuando entró en el taller de los afiladores de sierras, sus facciones se animaron, sus ojos despidieron chispas, y apenas había prestado el oído algunos segundos, cuando exclamó diciendo:

— ¡Aquí está la maldita música!

Y designaba una piedra que funcionaba exactamente como todas.

— ¡Oh! maldita música, continuó, ¡qué desafinada! Está diciendo: ¡Asesinato! ¡Asesinato!

Enrique se acercó á examinar la piedra denunciada de aquel modo fulminante; pero Billy le apartó exclamando:

— No os pongais ahí... Por ese lado saltan cuando matan á un infeliz padre, y entonces la madre corre desesperada y el hijo se vuelve loco.

Los obreros, atraídos por los gestos y las exclamaciones de Billy, dejaron su trabajo y se acercaron á él.

— ¿Qué es lo que hay, Billy? ¿Una piedra rajada? ¿Cuál es?

— Aquí, aquí, dijo el joven; hé aquí la rueda de muerte.

te. Inutilizadla, destrozadla antes que mate á otro padre.

Enrique preguntó al afilador si conocía algun defecto en su piedra, y el hombre pareció confuso al verse interrogado; sin embargo, contestó con aire enfadado, que las había visto mejores y peores.

Enrique sabía que la fractura instantánea de una gran piedra funcionando al vapor, tenía serias y á menudo fatales consecuencias. Hizo, pues, una señal particular en la pared, justo enfrente de la piedra, y llevando á Billy hacía Bayne, le dijo:

— Este pobre joven, cree haber descubierto una piedra defectuosa. Me es imposible ponerla á prueba mientras funciona: ¿podriais dejarnos entrar en los talleres despues que los obreros se hayan marchado?

Bayne vaciló, pero consintió al fin, diciendo que se quedaria una hora mas para complacer á M. Little.

Enrique dejó comer á Billy, y visitó luego dos grandes talleres de herreros de limas.

Allí vió el suicidio reducido á un sistema.

Al ir á la cita que había dado á Bayne, encontró á un hombre bien vestido que paró á Billy y le habló con benevolencia.

Enrique siguió su camino.

Les oyó hablar detrás de él, y con gran sorpresa vió que el extraño se paraba á la puerta de la fábrica de Cheetham.

— ¿Billy os ha dicho lo que vamos á hacer? le preguntó.

— Sí, contestó aquel hombre; su mirada me ha dicho bastante. Conozco mejor que vos á Billy y su modo de obrar.

— No lo dudo. ¡Qué! ¿venís con nosotros?

— Sí, si no tenéis inconveniente.

Bayne en persona les abrió, y se estremeció al ver el compañero que traía su amigo; le preguntó con marcada intención si había sucedido alguna desgracia.

— Que yo sepa no, le contestó el otro; he pensado sencillamente que mi experiencia podría seros útil en una investigación de esta clase.

— Sin ninguna duda, dijo Bayne pasando delante, con su farol, pues ya era de noche.

Al ir caminando, el desconocido preguntó si habían marcado la piedra en cuestion. Enrique aseguró que la reconocería.

— Muy bien, dijo el otro.

Al entrar en el taller de los afiladores de sierras, este personaje asió á Billy por el brazo.

— Cuidado con asustarse, dijo, y se puso á vendar los ojos al muchacho con su pañuelo.

Entonces empezó una investigación á la cual la hora y el aspecto del sitio, daban un carácter extraño.

Figúrese el lector una sala larga y elevada, cuyo fondo estaba principalmente ocupado por tambores de piedras dando vueltas al vapor. La fuerza motriz estaba en el piso alto y funcionaba mediante inmensas correas que bajaban por agujeros practicados en el techo y que se extendían en torno de los tambores.

De cada uno de estos tambores salían dos correas que hacían dar vueltas cada una á una rueda de garrucha.

Pero en aquel instante las ruedas descansaban inmóviles en sus artesas, las correas principales estaban colgando y las otras yacían esparcidas por el suelo.

Al través de la débil claridad de una sola lámpara, parecía aquello un pólipo gigantesco extendiendo indolentemente sus tentáculos armados en sus extremidades de palmas semi-circulares, pues solo una parte de las ruedas se hallaba visible.

Billy era una criatura tímida, y aquello de vendarle los ojos le asustó bastante. Casi hubo que arrastrarle por entre aquel laberinto de correas; pero cada vez que le hacían tocar una piedra, se erguía, tomaba una actitud enérgica y trataba de hacer la prueba deseada.

De día y de noche llevaba consigo un pequeño mazo de madera, con el cual pegaba repetidas veces en cada piedra, buscando aquella que había denunciado.

A cada prueba suplicaba á las personas presentes que se apartaran, lo que hacían teniendo la lámpara de modo que proyectara sobre él sus rayos.

Billy pegó en seis grandes piedras y todas ellas merecieron su aprobación, diciendo que daban «buena música»: mas llegado á la séptima, pegó primero con precaución y luego fuertemente y retrocedió exclamando:

— ¡Oh! ¡Esta es la rueda de muerte!...

Y trató de arrancar la venda que le cubría los ojos.

— Calmaos, Billy, dijo el compañero, y le quitó el vendaje con una expresión de paternal benevolencia.

— Habéis marcado una piedra, dijo á Enrique: ¿Cuál era?

— No marqué la piedra, lo que hice fué una señal en la pared opuesta. Dadme la luz, Bayne... ¡Por San Jorge!... Ahí está mi señal, justo enfrente de la misma piedra.

En ese caso, Billy tiene razón; muy bien, Billy.

Y echando mano al bolsillo dió al joven un chelín nuevo.

Luego con el aire de un discípulo que solicita el parecer de su maestro, preguntó á Bayne si no sería oportuno tomar algunas medidas.

— ¿Y qué pensais que se debería hacer? le preguntó Bayne con deferencia.

— Si estuviese seguro de que no me llamaran presuntuoso al dar este parecer, diría que quitarais esa piedra y pusiérais otra nueva. Fuera teneis tres magníficas de la cantera de Buckhurst.

— Así se hará.

Esta cooperación tan efectiva por parte de un extraño, agradó naturalmente á Enrique, quien le dijo:

— Desearia haceros una pregunta. Pareceis estar al

corriente de los accidentes del oficio (Bayne sofocó con trabajo su risa). ¿Son frecuentes las desgracias con esas piedras?

— No, no, Dios nos preserve.

El desconocido dirigiéndose á Bayne, le preguntó:

— ¿Quereis permitirme que encienda esos dos mecheros de gas?

— Es contrario á nuestros reglamentos; pero...

— Mayor será el favor, dijo irriamente el otro: y sin mas ceremonias tomó un fósforo y encendió los dos mecheros.

Luego sacando de su chaleco un lente de oro, examinó el techo, en el cual hizo observar á Enrique dos rajadas bastante profundas y una mancha oscura.

— Cada una de esas señales, dijo, tiene su historia, pues ha sido hecha por el rompimiento de las piedras.

Y añadió con tono grave:

— Y cuando volvié á caer podeis preguntaros si causó alguna desgracia... Esas historias solo están escritas en los techos y en las paredes. También el suelo podría contar algunas; pero pronto sacan de aquí al obrero muerto y las ruedas continúan dando vueltas.

— Cierto es, dijo Enrique, y consuela oír á un gentleman como vos...

— No soy un gentleman: soy un antiguo afilador de sierras.

— Os pido mil perdones... os expresais como un verdadero gentleman.

— Trato de conducirme como tal; pero soy lo que os he dicho.

— ¿Y usais un lente de oro?

— Me lo han dado los cuerpos de oficios. Os repito que he sido obrero.

— Tanto mejor, pues así podreis decirme si habeis sido testigo de algun accidente fatal causado por el rompimiento de las piedras.

— He visto afiladores muy enfermos por tales accidentes, y obligados á no trabajar durante un mes...

Cuando trabajaba yo con los afiladores de sierras que tienen que estar sobre piedras muy pesadas, vi... Anda al patio á comparar tu chelín nuevo con la luna... Digo que vi morir á tres hombres á mi lado. La primera vez la piedra se abrió en dos pedazos, y uno de los fragmentos que pesaba como cuatro quintales, alcanzó al obrero en el pecho y le dejó en el sitio. Se me ha olvidado su nombre. La segunda vez, pasó la piedra por la ventana, pero pegó al afilador por detrás y le abrió la cabeza, como si hubiese sido un cascarrón de huevo. Sin embargo, la peor de todas las historias es la del padre del pobre Billy. Habíanle avisado que su piedra no era buena y persistió en trabajar con ella. Su niño, Billy, le había traído el té y estaba á su lado, cuando estalló la piedra, rompiendo como un hilo las cadenas del cablete; un pedazo fué á pegar en la pared sin hacer daño; pero la otra mitad saltó al techo y cayó sobre el afilador... ¡Ah! todavía estoy viendo al niño cubierto con la sangre de su padre.

El que así hablaba se estremeció con este recuerdo.

— Sí, continuó, el hombre era cadáver y el chico... idiota. Una piedra defectuosa había hecho todo esto en menos de un minuto, á pocos pasos de mí.

— ¡Gran Dios!

— Yo estaba ocupado en afilar en la segunda piedra despues de la suya. A él le tocó y á mí nada. Habría podido suceder lo contrario. Ningun afilador de sierras puede estar seguro cuando sube á su cablete que bajará vivo.

El desconocido dejó á Enrique entregado á sus reflexiones, en tanto que se llevaba á Bayne aparte y le hablaba de otra cosa.

Despues salieron los tres juntos de la fábrica.

Enrique estaba tan contento de su nuevo aliado, que cuando se separaron le dijo que deseaba continuar sus relaciones.

— Con mucho gusto, dijo el otro. Estoy á vuestro servicio. Me encontrareis en las *Armas de los cuchilleros*.

— ¿Por quién preguntaré?

— Por Jorge Grotait.

— ¿Grotait? ¡El diablo!

— No, no tanto.

— ¡Cómo! exclamó Enrique bruscamente, ¿quereis decir que sois el viejo Smitten?

— Es el nombre que me dan los locos.

A Enrique no se le ocurrió una réplica, de modo que el viejo secretario, habiendo alcanzado sobre él esta nueva ventaja se alejó tranquilamente.

Enrique censuró á Bayne que no le hubiese dicho el nombre de aquel hombre.

Bayne se excusó diciendo que todo el mundo conocía á Grotait, y luego añadió:

— A vos os conocía, y me dijo que si podía servirlos sin perjuicio para los cuerpos de oficios, no tenía mas que mandarle.

Enrique no respondió á esta oferta, sino con un ademán de desafío y se despidió de Bayne.

Pasó los dos días siguientes en visitar las demás fábricas y habiéndolo ya observado todo volvió á caer en su desaliento. Vió que tenía que engañar al doctor Amboyne con un trabajo imaginario ó salir resueltamente de Hillsborough.

Fué al doctor y le dijo que estaba ya bien enterado de lo que ocurría y que no veía cómo podría continuar recibiendo un sueldo de un amigo.

— Sin duda quereis decir que os habeis enterado de los hechos principales.

— Sí, señor, y exceden á cuanto puede creerse, sobre todo en lo concerniente á los que trabajan las limas. Es el mas numeroso de todos los cuerpos de oficios, y se

mueren en él como moscas. Si son justas vuestras nociones sobre la vida, el capital y el trabajo, los cuerpos de oficios no saben lo que se hacen, pues el oficio menos saludable es el que menos se paga.

— ¿Y estais preparado á administrar el remedio ?

— No, por cierto.

— Y sin embargo, decís que habeis concluido vuestra tarea, cuando solo estais en el principio. Ahora es cuando empieza el verdadero trabajo, la invención; ahora es cuando hay que emprender el estudio de la cronología. Pero teneis razon en lo del salario semanal, la invención debe pagarse de otro modo. No andan acordes aquí la vida, el trabajo y el capital ¿no es eso? Pues bien, se-reis el hombre que ha de establecer ese acuerdo.

Enrique meneó la cabeza.

— Es imposible, á menos que no pueda dar yo corazon sensible á los amos y cerebros sanos á los obreros.

— ¿Y por qué no? Todo eso es posible á un inventor.

¿Teneis un libro de apuntes?

— Sí, señor.

— ¿En el bolsillo?

— No, en mi cabeza.

— Perfectamente. Pues escribid estas palabras: No hay cerradura sin llave.

— Están escritas.

— Ahora id á pescar truchas con Billy. Os llevará á las colinas donde el aire es favorable á la invención. No os ocupareis de nada, ni de Billy, que mata sus truchas de un modo inhumano para comérselas luego como un gloton. Reflexionareis, y volvereis á reflexionar, y fabricareis la llave necesaria para abrir la cerradura de triple cerrojo: la vida, el trabajo y el capital. Cuando la hayais fabricado, la sociedad filantrópica os dará un buen premio. Interin, no penseis en marcharos de Hillsborough, pues si no os dará á beber un trago de un extracto que os mandará mas lejos que Londres, porque se compondrá de ácido prúscico ó de zumo de eléboro. Vamos, marchaos.

— Hasta la vista, doctor. Vos habeis encontrado la llave de mi corazon, por lo menos. He venido á desanimaros, y vos me habeis vuelto la vida y la esperanza. Haré todo lo que pueda por complaceros.

Y bajó la calle con su antiguo paso firme y ligero, diciéndose:

— No hay cerradura sin llave.

Al dia siguiente, erró con Billy por las colinas y le vió coger truchas bajo los guijarros del riachuelo, mezclando en esta pesca algunos arranques extraños. No cesó de pensar en Gracia Garden y deploró su suerte. No podía dar á sus ideas una direccion filantrópica; su corazon no se lo permitia y sus injurias personales estaban demasiado recientes. Despues de una corta lucha, concluyeron por hacerse tan superiores que se sorprendió, adoptando para sí el axioma del doctor: «No hay cerradura sin llave.» Debía haber, pues, algun medio para burlar aquellas sociedades obreras, de ganar el dinero necesario para establecerse, y de ir luego á revelar el secreto de su corazon á Gracia para casarse con ella.

A esta perspectiva le pareció que el cielo se abria de lante de él y cayó en profundas meditaciones.

Poco á poco creyó entrever como la sombra de una idea nueva; comprendió que de un modo ú otro habia medio de confundir á sus enemigos y volver á su trabajo; pero aun no descubria este medio, á pesar de estar convencido de su existencia.

Esta conviccion acabó por agitarle hasta el punto que pidió á Billy que dejara la pesca y se volviera.

Juntos entraron en la ciudad con un cesto de truchas que Enrique repartió entre el doctor y su amigo Bayne.

Bayne convidó á Enrique á comer, y durante la comida los dos amigos no perdieron tiempo en hablar; pero á los postres Bayne sacó una botella de Oporto que le animó, dando así á conocer que no tenia costumbre de probar tan exquisito néctar todos los dias.

A la segunda copa comenzó á agitarse en su silla, y acabó por decir que miss Garden habia reclutado parroquianos, pues justamente aquel dia habia hecho un pedido de seis surtidos de herramientas para esculpir, todos para amigos suyos.

A esta prueba inesperada de que la mujer que amaba pensaba tambien en él, Enrique se sonrojó, y dijo casi sofocándose:

— ¡Oh! Bayne, muy lejos estaba yo de pensar... ¡Que Dios la bendiga!

— ¡Brindemos á su salud! exclamó Bayne con tono mas y mas exaltado.

— ¡Ah! De todo corazon.

Y aquella fué la primera copa que Enrique bebió gustoso.

— Y ahora Little, quizás hago mal; pero es preciso que os lo diga: ¿os acordais de aquel surtido de instrumentos de esculpir que la Union hizo poner un dia en el patio de la fábrica? Pues bien, Cheetham los envió á Londres como si fueran vuestra obra.

— Lo parecia, dijo Enrique con tristeza.

— ¡Oh! escuchad la broma. El surtido estaba en el despacho ahora poco, cuando vinisteis, pero el paquete no se ha abierto hasta el momento en que yo salia. Le devolvian acompañado de esta severa reprimenda:

«Nos ha extrañado mucho que nos hayais enviado semejantes útiles, como obra de M. Little. Si pronto no se rectifica el error, nos consideraremos libres de entrar en relaciones directas con ese obrero.»

— Convenid en que la pildora era dura de tragar.

— ¡Oh! ¡excelente amigo! ¡cuánto me alegro! No es pues, todo amargura en este mundo: un pobre diablo recoge tambien de cuando en cuando algunas gotas de miel.

— Sí, y una buena gota de Oporto, lo que no es tampoco de desdeñar. Vamos, llenad vuestra copa. De modo, mi buen amigo, que Cheetham se encuentra en un buen apuro. Lo he dejado paseándose como una hiena en su despacho. El tiro es á vos. No podeis luchar con los cuerpos de oficios, pero si Cheetham quiere unirse á vos, y sé que lo querrá, podeis aun darles tormento.

— Vamos, decidme cómo, os lo ruego.

— No puedo decíroslo exactamente, pero voy á tratar de hacerlo. ¡Qué cosa tan excelente es este zumo colorado; nos inspira, nos inflama, etc., y nos da ideas de mas allá de nuestra esfera. Decidme, ¿habeis visto nunca una de esas nuevas fraguas portátiles?

— No, ni he oido hablar de ellas.

— No es extraño; la invención es reciente. Bien, comprad una, han sido inventadas aquí; trasportadla á alguna caverna sombría desconocida del hombre; pedid á Cheetham que haga afilar vuestras hojas en otro condado: ¿y quién lo sabrá nunca? Id á verle, pero no le digais una palabra; reclamadle solamente un mes de salario, y entonces tratará de la cuestion. ¡Quiero brindar á su salud! Cheetham no es un mal hombre, solo que venderia su alma por dinero.

Estas palabras sumergieron á Enrique en una profunda meditacion, durante la cual Bayne hizo frecuentes libaciones de oporto, y esto con tanto éxito, que al cabo de un momento de silencio apareció bajo un carácter nuevo.

Interrumpió el desvarío de su compañero para decirle con tono agresivo, que hacia tiempo alimentaba la idea de medir sus fuerzas con las sociedades obreras de Hillsborough en la persona de sus secretarios, y esto en las condiciones siguientes: un jurado, un árbitro experimentado y un reino entero por espectador. En cuanto al orden de los acontecimientos concernientes al pugilato, no era muy difícil, con tal que le fuera permitido empezar por Grotait; pero, despachado ya este, los otros podrian sufrir su suerte en el orden que les conviniera.

Cuando hubiera derrotado á uno emprenderia con otro. Dió á entender á Enrique que este vivo deseo de combates singulares en una interminable serie provenia de los malos tratamientos que su amigo habia tenido que sufrir, «su mejor amigo, el mejor corazon, el hombre mejor educado... ¡Oh, oh! el mejor... ¡Oh, oh, oh!» Y sobre esto el belicoso Bayne se puso á llorar, y despues de haber llorado bastante, volvió á empezar á hablar, quedándose luego mas tranquilo que antes, pues se durmió profundamente en su sillón.

Mientras él dormia, las palabras que acababa de pronunciar no habian sido vanas para su convidado.

Cuando llegó el momento en que Bayne hubiera debido volver á la fábrica, Enrique fué á ver á su posadera, y la dijo:

— M. Bayne no está muy bien, voy á excusarle. Si fuera que vos, no le incomodaria hasta las cinco y le daria entonces una taza de té bien cargado.

Luego se dirigió inmediatamente al despacho, donde encontró á M. Cheetham.

— ¡Y bien! le dijo este con tono áspero.

— Vengo á pedir el salario de un mes.

— Me lo temia. ¿Teneis ciertamente la intencion de exigírmelo?

— ¿Por qué no?

— ¿No habeis visto cómo me han obligado?

— Sí, señor; pero ¿por qué habeis cedido? Os he sido fiel, y vos me habeis abandonado. Hubiera yo preferido cerrar la fábrica durante tres meses, antes de dejarme tratar como un esclavo y faltar á mi palabra.

— ¡Ah, ah! Eso está muy bien dicho en un hombre soltero. Tengo mujer é hijos, y eso es lo que hace que un hombre sea débil.

— Muy bien, os disculpo; pero en cuanto á un mes de salario, no puedo menos de deciros: «Poneos en mi lugar.»

— ¿Y qué?

— Vos sois yo, Enrique Little. Os han traído de Londres con un contrato que estipula que se avisarán ambas partes con un mes de anticipacion. Trabajais y estais contentos de vos. Estais amenazado, pero seguís fiel á vuestro amo. Os hacen saltar en el aire con riesgo de ser muerto. Perdeis una quincena; pero no os la pagan porque no fué por culpa de vuestro amo. Volveis á él y haceis de nuevo frente á vuestros adversarios. Trabajais con una espada suspendida sobre vuestra cabeza, pero vuestro patron cede, y os veis arruinado en un minuto. ¿No teneis derecho á un mes de salario? Vamos, aquí entre nosotros, ¿no teneis derecho?

— Es verdad. No habia visto la cuestion bajo ese punto de vista. Pues bien, no hablemos mas. Estoy dispuesto á haceros un cheque.

Y sacó el libro de cheques con el aire de un hombre que cede á una exigencia inusitada.

Enrique se ablandó al verle humanizarse y le dijo acentuando cada una de estas palabras:

— Un instante; tengo una idea. Yo no soy un hombre que consenta fácilmente en ser derrotado. ¿Y vos?

Se miraron el uno al otro en silencio, y luego Cheetham dijo bajando la voz:

— He sufrido los tormentos del infierno desde hace unos dias. Me creia un hombre, pero han hecho de mí un ratón. Si encontrais algun medio de burlaros de ellos, estoy pronto á unirme á vos.

— ¡Pues bien! no hay cerradura sin llave.

— Es verdad; pero no siempre se puede encontrar la llave.

— Creo casi haberla encontrado.

— Ved si no hay nadie que pueda oirnos. ¿Dónde está Bayne? Deberia estar aquí.

— ¡Oh! no se encuentra muy bien, y me ha encargado que os pida un descanso de una hora.

— Que se tome toda la tarde. No puede haber nadie mas que nosotros dos en este negocio. Y ahora acercaos á mí y explicaos.

Se sentaron los dos uno enfrente del otro, y acercando las cabezas á través de la mesa, cambiaron en voz baja el siguiente diálogo. Al verlos, se hubiera creído que conspiraban contra la ley en lugar de combinar el medio de disimular un acto legal á los violadores de la ley.

— Puedo, dijo Enrique, fabricar hojas á una docena de millas de Hillsborough.

— No. Hablarían de vos; eso no me parece bien.

— No hablarán de mí, pues excepto vos, nadie lo sabrá. Su edificio está aislado y no se ve entre dos colinas áridas. Es una vieja iglesia abandonada.

— ¡Qué, trabajar en una iglesia!

— Una iglesia abandonada, ¿por qué no?

— Little, sois un hombre único; continuad.

— Puedo hacer afilar las hojas por uno de mis amigos, en Birmingham; mi madre y yo podremos ponerlas los mangos y concluir las en casa. Los artículos completos os llegarán en paquetes envueltos en un papel de cierto color, con la nota en el exterior, de modo que no tendrán que abrirlos. Podreis confiar en la carta de envío y mandarlos á vuestro agente de Londres.

— Muy bien.

— Me proporcionareis el acero al precio corriente, y me lo llevaréis en cuenta.

— Ciertamente, pero ¿cuál será vuestro precio por gruesa? Pues ese trabajo no se podrá contar de otro modo.

— No, naturalmente.

Y Enrique fijó un precio por gruesa que hizo saltar á Cheetham.

— ¡A ese precio, exclamó este, cobraremos nueve libras por semana!

— Sí, y mas aun, dijo friamente Enrique, pero no será todo provecho para mí; el plan exige una porcion de gastos: una casa y una cuadra con puerta por detrás; un buen caballo para galopar á la fragua á la caída de la tarde y volver al medio dia; un carro para ir á buscar los artículos al camino de hierro y volverlos á llevar para mandároslos. Además, tendré que exponer mi pescuezo, tambaleándome de noche en un terreno escabroso; luego, trabajar noche y dia acorta la vida. No podeis reducir todo esto al trabajo y al capital, sino que es la «vida,» el «trabajo,» y el «capital.»

— ¡Ah! hé ahí un nuevo lenguaje. Sabeis demasiado para mí, leéis sin duda el periódico *la Colmena*; pero en fin, me convengo con vuestro precio. Sin embargo, añadió Cheetham con alguna inquietud, ese viejo Grotait es astuto como un zorro. Si descubre que estais aquí sin ocupacion aparente, pronto le tendremos encima.

— Sí; pero durante el dia me ocuparé como escultor en madera y como inspector de fábricas por cuenta del doctor Amboyne. ¿Quién sospechará que ejerzo una industria nocturna al mismo tiempo que otras dos durante el dia?

Cheetham pegó sobre la mesa con aire de triunfo; pero volviendo luego á toda su circunspeccion dijo en voz baja:

— Es un plan admirablemente pensado.

— Y ahora, cuento con vuestro concurso para superar una dificultad: es preciso montar la fragua sin que nadie lo observe.

— ¿Pero no soy yo quien ha de dar la fragua?

— ¡Qué pregunta! Eso es sabido, una de las nuevas fraguas portátiles.

Cheetham reflexionó un momento.

— Es cosa delicada, dijo, y no veo mas que un medio. La fragua debe traerse aquí cuando hayan salido los obreros. De noche la tomaremos nosotros dos y la llevaremos á la antigua iglesia.

— Corriente; pero nos tendrán que ayudar.

— No, no. Aun poseo mi último traje de obrero y en cuanto me le ponga seré un trabajador. No quiero ni imbéciles ni espías en esta obra, que es muy formal. Podria buscar algun campesino de los que no saben leer ni escribir; pero esas fraguas portátiles se manejan bien y yo soy uno de los hombres mas fuertes de Hillsborough. Mas vale que el secreto quede entre nosotros.

¿Cuándo es la expedicion?

— El miércoles próximo.

— ¿A qué hora?

— A las dos de la noche.

— Convenido. Y ahora ajustaremos cuentas.

Y sacó su libro de cheques, pero Enrique le detuvo diciéndole:

— La buena fe es el mas preciado de todos los bienes. Desde que me quitásteis el sustento...

— Decid que fueron los cuerpos de oficios.

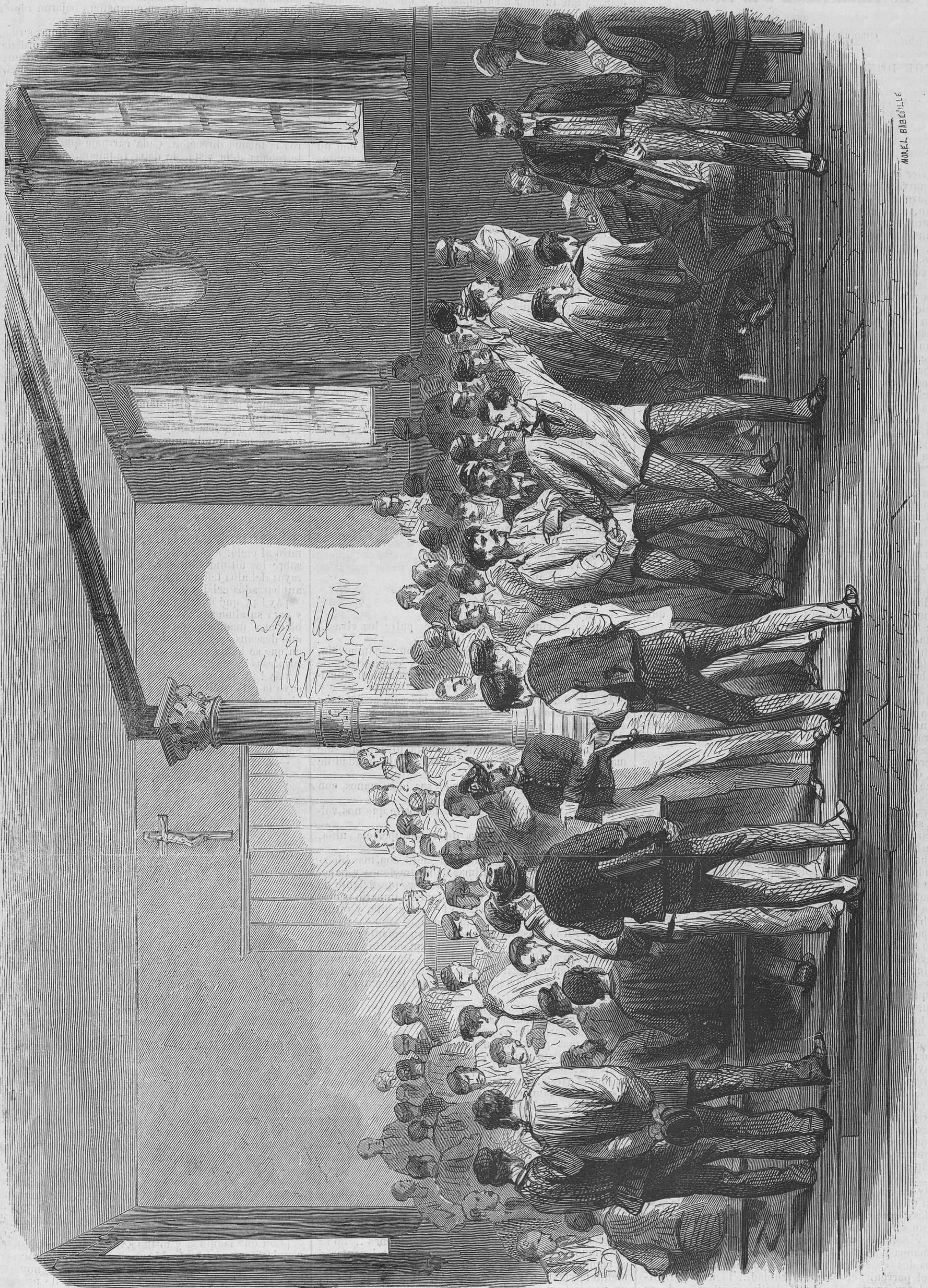
— El doctor Amboyne me tomó á su servicio á razon de seis guineas por semana para inspeccionar las fábricas, y así es que nada me debeis. Solo os pido que seais fiel á vuestro compromiso.

Este rasgo de probidad sorprendió y agradó á M. Cheetham, que miró al jóven con respeto y le dijo:

(Se continuará.)



LA BATALLA DE WISSEMBURGO.



MOREL BABELLE

PARIS. — El alistamiento de guardias nacionales en la alcaldía del XIII distrito.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Libro primero.

(Continuacion. — Véase el N.º 920.)

Javier habia seguido una carrera literaria en dos ó tres universidades, de la misma manera que diez ó doce mil jóvenes de su época. Javier habia llegado á una posicion, que, en las mil vicisitudes de la juventud de nuestros tiempos y de nuestra revolucion, encontrábase tan indefinida y vaga como la situacion incierta, movetiza, espectante y transitoria de tan irregular período.

Javier habia representado su papel en las contiendas políticas... ¿Y quién no habia formado parte de una junta revolucionaria ó estado preso en algun pronunciamiento? Habia ejercido cargos públicos; pero ¿y quién no habia tenido, en aquellas circunstancias, ó el mando ó la representacion de una provincia?..

Conocia á Irene; por mejor decir, habia conocido á Blanca... Pero á la verdad, ¿cómo podia ser misteriosa ó ignorada de muchos la historia de una hermosa aristocrática, que, despues de haber querido sepultar en los claustros el escándalo de sangrientos infortunios, habia aparecido en las epidemias y desastres de los pueblos, buscando la muerte y el martirio en premio de sacrificios y consuelos?

Todas estas noticias pudo dar Javier de su persona y de su vida, y Sofia imaginarse que le conocia, como si al desfilar de un ejército le hubieran dicho el nombre y la graduacion de uno de los mil oficiales que pasaran delante de sus ojos; solo que el cansado militar, al dar él mismo aquellas señas, con tanto afan y tanto ardor averiguadas, podia creerse con alguna esperanza de ser acogido en afectuoso hospedaje por una noche... la última que, al dejar el pais de la hermosura y de los amores, le era permitido descansar en su marcha penosa...

No sabia ciertamente Sofia cuál era la region de misterio adonde aquella peregrinacion se encaminaba; pero hallábase en estado de comprender cómo, detenido un momento en los umbrales del jardin de Armida, quisiera llevar á las soledades de su desencanto una memoria mas suave y mas viva; cómo, al apartarse del festin de la juventud, no le era ingrato llevar en sus labios sabores que quitaran de su boca el dejo desabrido de otros gustos acedos.

El sí que, engañado por la poca presuncion de su ascendiente, como otros por su excesiva confianza, se habia desde el principio abandonado á una lucha con su imaginacion y con sus sentidos, como quien quiere probar las fuerzas de su resistencia en un sacrificio penoso.

Pero pronto al sentimiento de que aun tenia medios para defenderse, habia sucedido la sorpresa de encontrarse todavia con poder bastante para inspirar interés, para sentir delirio y entusiasmo. No sin cierta posesion de orgullosa complacencia, él, que tan viejo y endurecido se creia, al oír palpar cerca del suyo aquel corazon ardiente, al mirar casi reclinado sobre sus hombros aquel rostro iluminado de pasion y perfumado de juventud, reconocíase todavia idólatra de la belleza, cuando pensaba que ya solo podia serlo de la virtud.

De las lánguidas palabras, de las aventuradas demostraciones de aquella jóven fascinada, desprendíase sofocante y embriagadora, una corriente de electricidad, que hacia chispear sus cabellos y pasar nubes de estrellas por delante de sus ojos. Respirase en aquel aposento una atmósfera que le magnetiza, y llegan hasta allí, remisos y apagados, los ecos de un wals suspirante y voluptuoso.

Pasan en torbellino de vértigo por su fantasía imágenes que desconciertan todas sus ideas y derriban todos sus propósitos, como derriban y despedazan á firmísimas torres de piedra los rayos de una nube ardiente. Hay una mano que se estrecha á la suya como para apoyarle, y abraza como la mano de piedra del comendador...

Hay en los acentos de aquella hermosura inflexiones que remueven sus entrañas, y un aliento desfallecido que le obliga á acercarse sus labios como para recoger el último suspiro de la juventud que para él muere...

Hay un beso casi involuntario que reconcentra por algunos segundos de deliquio todas las ilusiones de una organizacion virginal y poderosa en la última llamarada de explosion de una naturaleza volcánica que se extingue... Hay... no hay mas...

Hay un resplandor siniestro, hay una puerta que en aquel momento de olvido se abre delante de ellos, silenciosa, como si un espíritu invisible le franqueara, y hay un sordo grito de espanto y de sorpresa, que Javier y Sofia dejan escapar despavoridos, estrechando sus manos y apartando sus rostros...

Los dos esperaban ver entrar por aquella puerta, la una el porvenir, el otro la eternidad... la una la realidad de su suerte, el otro el destino misterioso de su

vida... la una la sociedad entera, ante la cual iba á imponerse santos deberes, el otro aquel mundo que habia juzgado tan inferior á su corazon, y que le encontraria en este momento tan inferior á su arrogancia...

Sofia, la imagen del hombre generoso, que en tres años de rendidos favores no habia alcanzado lo que lo graban tres horas de desdenes; Javier, aquel ídolo de virtud, á la cual confiaba poder consagrar toda la vida, un esfuerzo que no habia resistido treinta minutos á los suspiros de una mujer de veinte años...

Nada de esto fué lo que apareció en el umbral de aquella puerta... Era no mas que una máscara... era la mujer azul que primero habia reconocido y parado á Javier en el salon.

Era aquella figura majestuosa y dolorida que con un ademán y una palabra habia hecho tan honda impresion en su ánimo y arrancado una lágrima á sus ojos... Javier palideció al reconocerla, y bajó su cabeza resignado, como ante un mensajero de la Providencia... Sofia abrió sus grandes ojos, como si tambien hubiera visto una persona familiar ó querida, y exclamó, reconociendo su disfraz:

— ¡Dios mio! ¡Qué ilusion!... Y quedóse como en estupor, como luchando contra la vaguedad de un ensueño.

La máscara azul no dijo nada, no adelantó un paso. Clavando sus ojos en Javier, levantó con su mano izquierda un reloj que pendia de su cintura, y alzando en silencio la diestra, abrió su palma como si quisiera indicar que eran las cinco.

Volvió la espalda, apartándose lentamente, dejó franqueada de par en par la puerta, por la cual penetraron entonces varias parejas, que el salon despidia fatigadas ó agradablemente distraidas.

Javier clavó sus ojos en un reloj y Sofia sacó involuntariamente el suyo

— ¡Las cinco y cuarto!

— Las cinco y cuarto son, respondió Javier... ha pasado la noche...

Al decir estas palabras Javier lloraba... Se levantó y Sofia siguiéndole.

— ¡Y qué! ¿Será la última? exclamó.

— No, dijo Javier, despues de reflexionar un momento; pero este es el último instante de esta noche...

— ¿Y despues?... replicó Sofia.

— Despues... nos volveremos á ver.

— ¿Cuándo?...

— Otra noche.

— ¡Podré esperarlo!

— Como yo jurártelo.

— ¡Y me revelarás todo ese misterio!...

— Sí, hija mia; lo sabrás todo.

— El martes te esperaré aquí...

— Y si no viniese, no me cuentes entre los vivos... Adios.

Pronunció Javier estas palabras muy conmovido, muy turbado. Sus ojos seguian lenta y como escondidamente llorando, pero sus facciones recobraban su calma natural.

Al salir del gabinete oriental, la máscara azul estaba parada á pocos pasos de allí. Javier no evitó su vista ni su encuentro; antes bien, corriendo hácia ella, la dijo, soltando el brazo á Sofia:

— Toma, máscara; te encargo esta jóven que vale mas que el mundo; es digna de tí; ten la bondad de reunirle á su compañera.

Y vuelto á Sofia, estrechando sus dos manos con afectuosa ternura.

— Adios, querida, dijo... hasta la noche que nos volvamos á ver.

Y sin aguardar respuesta de la estupefacta niña, desapareció á través del salon.

En medio de su sorpresa Sofia respiró con mas libertad despues de aquellas últimas demostraciones y palabras. Habia agradecido mucho á Javier que delante de una mujer que al parecer ejercia mucho imperio sobre su corazon, la hubiera elogiado tan altamente, y ratificado su promesa de verla otra noche.

De cierto la máscara no podia ser su amante; pero á esta reflexion, que la tranquilizó un momento, sucedió otra que no podia dejar de aterrarla. Durante algunos instantes habia desgarrado su corazon la rabia de los celos... Amaba á Javier... hasta aquel momento no lo habia reconocido.

Quedábanla, empero, nuevas sorpresas en aquella noche fatal. La máscara azul le habia dado el brazo como singularmente complacida, pero nada le respondia, por mas que vivamente le preguntaba.

Parecíale, sin embargo, que queria contestar y que no podia; parecíale que aquella mujer por debajo de su tupida careta, la miraba con ojos de infinita ternura, y que ahogadamente sollozaba. Al llegar cerca de su compañera, fué la máscara azul quien, primero que Sofia, la reconoció; y al soltarse de su brazo, despues de un mudo ademán de retirada y de ceremoniosa despedida, aquella máscara singular volvió repentinamente, y estrechando á Sofia contra su corazon, cubrió su frente y sus mejillas con repetidos besos mezclados de lágrimas.

— « Hermosa, adios, » fué la única palabra que aquella mujer soltó con un sordo y congojoso gemido, y la vieron alejarse como una lenta sombra por la puerta del salon amarillo.

Sofia no se detuvo entonces en reflexiones... no se abandonó á sus propios pensamientos. Hizo levantar á su compañera, volvió á cubrirse el rostro, dió rápidamente la vuelta por los salones del *ambigú*, entró en un vestuario y cambió su dominó.

Al cruzar por frente á la primera antesala, vió todavia á Javier, que, en actitud de ir á salir, tomaba un gabán bajo su brazo y daba la mano á dos ó tres, al parecer sus amigos. Sofia y su compañera bajaron rápidamente.

Un lacayo las esperaba; Sofia manda arrimar su berlina, sube en ella, y se detiene allí, sin dar órdenes, clavados los ojos en la puerta. Javier baja á poco enteramente solo, detenido al umbral, Sofia pudo observarle claramente á la luz de los reverberos, que miró un momento al cielo como quien consulta al tiempo.

Vió en seguida dirigirse con paso medianamente apresurado, hácia la Puerta del Sol, y sin apartar sus ojos de aquella sombría figura, hace seguir á sus cocheros la misma direccion. Cada carruaje que al cruzar se le robaba á la vista, le daba inquietud mortal; cada travesía por donde pudiera ocultársele, infundíale pavor. Javier no se ocultó, no se apresuró, siguió derecha la carrera; solo que, llegado á la Puerta del Sol, tomó la vuelta de la calle de Alcalá.

El coche de Sofia siguió su movimiento. A pocos pasos se ve una casa abierta, un vasto zaguán iluminado, un enorme carruaje á la puerta, y parece que enganchan sus caballos. Es un parador de diligencias: una se prepara á salir, y el dependiente está ya con su farol al pié del estribo, pasando lista de los viajeros.

Sofia no puede aun oír aquellos nombres. Hace colocar su carruaje detrás de la alta góndola y ve á Javier parado al estribo de la primera berlina. Un criado que al parecer le esperaba, echa una capa negra sobre sus hombros.

Dos mujeres cubiertas de oscuros mantos y de negros velos, salen entonces del salon de descanso, le besan, le abrazan y le bendicen. Sofia no puede distinguir sus facciones, pero oye distintamente las palabras: « Adios, padre mio. »

Una de aquellas señoras hinca una rodilla en tierra y besa así la mano de aquel hombre. Él la levanta apresurado y le devuelve el ósculo en las suyas.

Luego al último grito del conductor, sube ligero en el cabriolé. El reloj del Buen Suceso da la primera campanada de las seis, y el lacayo á quien Sofia mandó á informarse de cuál era aquella diligencia que parte á todo escape, vuelve en aquel instante diciendo:

— La de Bayona, señorita...

Sofia atónita, abismada, apretó convulsa sus manos y miró al cielo. Aun brillaban algunas estrellas; pero allá sobre los últimos términos del horizonte, los primeros rayos del alba teñian con su luz incierta y llorosa los anubarrados celajes del Oriente...

¡Ay! ¡y qué desesperada y lúgubre fué para sus ojos y para su alma aquella mirada de amargura y aquella blanca macilenta de la húmeda mañana! ¡Ay! ¡y qué desconsolado y extraño despertar de aquel ensueño en que se habia convertido una noche de visiones y de sorpresas!

¡Ay! ¡y qué sepulcral y silenciosa quedó en torno suyo la calle solitaria y la poblacion como dormida y abandonada!

— ¡Ay, qué horrible es Madrid, madre mia!, exclamó con un profundo y aterrador sollozo, dejando caer su cabeza desplomada, mientras que la señora á quien Sofia daba el nombre de madre dijo al cochero:

— A casa.

Libro segundo.

VALLE-DE-FLORES.

I.

— ¡Horrible es Madrid! habia dicho Sofia... Esta palabra, tal vez injusta, ha decidido de la índole y carácter de nuestra narracion.

— Horrible es Madrid, ha dicho, y hénos aquí en la necesidad de abandonarle. ¡Desgracia sin duda, cuando, por ser horrible para la moral ó para el corazon, pudiera no serlo para nuestra pluma y para nuestra tarea!

¡Horrible es Madrid!... Y todas nuestras esperanzas de dar novedad ó interés á las aventuras de nuestros héroes se han desvanecido, cuando la fatalidad ó la providencia de su destino nos vienen á ahuyentar de la capital maldecida.

¡Horrible es Madrid! ¡Qué contrariedad en esta circunstancia y qué inesperada desgracia para nuestros lectores!... ¡Qué sorprendente espectáculo les teniamos preparado! ¡Qué nuevo, riquísimo panorama íbamos á desarrollar ante sus atónitas miradas!...

¡Con qué facilidad y fortuna los hubiéramos llevado de calle en calle, de salon en salon, de guardilla en guardilla, revelándoles, al despertar de cada mañana, un triste secreto de familia, ó espantando su dormir de cada noche con un cuadro pavoroso de infamias y de miserias!...

¡Con qué facilidad y fortuna hubiéramos podido hacer desfilar por delante de sus ojos numerosa procesion de personajes conocidos, y mostrarles, con nombres mas ó menos disfrazados, todos los héroes de nuestros dramas políticos, todos los galanes de nuestras aventu-

ras cortesanías, todos los actores de nuestros dramas de sociedad, todas las damas de nuestro gran mundo, todas las heroínas de nuestras novelas, todos los caracteres de nuestras historias!

¡Con qué facilidad y fortuna pudiéramos luego colocar en el segundo término de nuestra pintura esa catarata de porteros espías, de lacayos insolentes, de criados delatores, y hasta dar novedad y color local á los tipos explotados por las novelas de moda, con nuestros pendencieros y presidiarios, con nuestras criadas viejas y nuestras doncellas jóvenes, con nuestras pasiegas y con nuestros gallegos, con nuestros chisperos y nuestras manolas, con nuestros matones andaluces y con nuestras Celestinas valencianas!...

¡Ay! sí. ¡Cuántos recursos perdidos! ¡Cuántas comedias políticas, cuántas marañas palaciegas, cuántas tormentas parlamentarias hubieran venido por sí mismas á tomar asiento y á consignar su recuerdo en nuestras páginas, solo con registrar nuestra correspondencia ó nuestro libro de memorias!

¡Qué de escenas de sangre y de duelo, de agitación y de agonía, de escándalo y de sorpresa! ¡Cuánta revelación de datos espantosos y auténticos habria de encontrarse ó traslucirse en los rasgos de nuestra pluma, si quisiéramos teñirla con sangre! ¡Con qué angustia y deshacimiento, con qué tirantez y calentura haríamos tener suspensa la atención de nuestros lectores, y poblarse su vigilia de espectros conocidos y de fantasmas que hemos tocado, sin contar aquellas que asesinan, solo con acudir á los recuerdos de nuestra mente y á las impresiones de nuestro corazón!

¡Cómo pudiéramos á mas de una persona hacerla levantar horrífico el cabello en la frente con el terror de sí propia!... ¡Y qué segura y fácilmente lograríamos conquistar el alto título de escritores profundos, de pintores inspirados, de novelistas, en fin, trascendentales y filosóficos!...

Pero ¡ay!... Desde que nuestra heroína ha dicho la palabra fatal, presentimos la necesidad de renunciar á todas nuestras ilusorias aspiraciones.

¡Madrid es horrible! ¡Y hémos aquí que tenemos que seguir á nuestros héroes al retiro, á la soledad, tal vez al campo, á una cabaña, como el pintor de Estela, como el antiguo biógrafo de Pablo y Virginia, á pesar de los siglos que separan el espíritu de nuestros lectores, de los tiempos y de las costumbres de Florian y de Bernardino de Saint-Pierre!

¡Madrid es horrible! ¡Y habremos de dejar el folletín del periódico, camino de hierro de la celebridad contemporánea, y volver tristemente á la usanza antigua de tomos pesados, de costumbres sencillas, de descripciones campestres, de largas relaciones, de razonamientos y discursos seguidos, y lo que es mas, de personajes comunes, de pobres vulgares, heroínas que van á pié, sin una carroza, sin un lacayo, sin una librea, sin una bandeja de plata para presentar sus cartas, sin un caballo de sangre y raza para galopar en Hyde-Park ó en el bosque de Boulogne!...

No pensábamos tan tristemente cuando hace algunos meses recorríamos la encantada region de los festines cortesanos, arrebatados en el torbellino de estrépitosos placeres, preparando los ojos y los oídos á una espléndida sucesión de dramáticas aventuras...

Pero la palabra de siniestro conjuro ha hecho desaparecer como el chillar de escénico silbato, la decoración mágica; y ¡adios, umbrales resplandecientes de Villa-hermosa, luminosa atmósfera de los cortesanos saraos; galana, vistosa perspectiva de paseos triunfales con hileras de charoladas carrozas, con deslumbradoras calbaldas de bizarros jinetes en espumantes alazanes, de amazonas que vuelan en casi alados palafranes! Adios, regios artesonados salones, convertidos en jardines; ó jardines donde sobre artificiales lagos, vimos bogar, en barcas de marfil y púrpura, ninfas cubiertas de diamantes! Pero adios también, sombras de crimen y espectros de sangre, cuadros de vicio, escenas de abyección y de miseria, teatros de escándalo y de disolución, adios...

Adios, liza fangosa de las discordias civiles, atmósfera mefítica y asfixiante de las tempestades políticas... Adios, picotas odiosas de la honra modesta, antros frios y tenebrosos de los salteadores del poder ó de la popularidad, garitos infames del juego político ó de piratería comercial; adios os decimos, aunque por nuestro mal, no para siempre os abandonamos...

Pero hartos es que arrastremos en derredor de vosotros los duros eslabones de la cadena de nuestra vida que á vuestra espantosa realidad nos aprisiona, sin consagrarnos las horas celestiales de la libertad del espíritu, sin someteros el creador poder de la fantasía y las aspiraciones del corazón, que solo se dilatan en la limpia atmósfera de la ideal altura.

Hartos es sufrir, amarrados á una argolla de necesidad fatal, la presión fatigosa del mundo y del siglo, sin ir á buscar el reposo del ánimo y el libre vuelo de la imaginación entre los enemigos que nos asedian, entre los verdugos mismos que nos atormentan...

No... no seamos incorregibles beodos, que gastado el paladar en vinos fuertes, busquemos solo licores astringentes y alcoholes abrasadores para escandecer la garganta y perturbar el cerebro.

Volvamos aunque sea entre burla y desdenes, á los blandos sabores y perfumes suaves de la naturaleza, al aire puro y aromático de las montañas, á los vientos libres y corrientes de las vastas oreadas llanuras.

Permitásenos, aunque sea por compasión, comunicar de nuevo con la antigua musa de las forestas, anudar interrumpidas relaciones con los espíritus de los va-

lles frondosos y con los genios de las vegas floridas.

Que nos dejen descansar por una sola siesta de esta abrasada canícula, á orillas de los rios que beben de la nieve en la pintoresca vertiente de nuestras cordilleras, ó bañar nuestros miembros cansados en las playas risueñas donde mezclan sus mansos raudales al oleaje del Océano majestuoso y bravío...

Y volved vosotros á calmar nuestro corazón padecido, memorias de la patria y de la edad primera, brisas refrigerantes de los campos natales.

Un tiempo os consagramos el culto de nuestra sencilla adoración; traednos ahora imágenes de la juventud con las emanaciones de vuestra frescura. No nos recordéis nombres ni personas. Quédense allá lo olvidado, lo perdido.

Las almas, las ideas, los sentimientos vayan de otra parte fugitivos; venga de vosotros la hermosa naturaleza, en que florecieron nuestros primeros afectos; aquellos contrastados paisajes cuya contemplación fué el himno primero de nuestra voz; aquellos días frescos, apacibles y serenos, en que corría nuestra existencia como los arroyos diáfanos de esos montes, como los rios sin nombre de esos valles...

Penetremos en uno de esos retiros ignorados del mundo, en uno de esos estanques de verdura y flores, menos conocidos de nosotros mismos que los valles de los Alpes; sigamos el curso de uno de esos rios, menos visitados que los lagos de la Helvecia. Penetrar, seguir, sí, podremos; pero describir y particularizar es imposible. No hay, en el recinto adonde nos llevarán nuestros héroes, nada que le distinga de muchos otros á que pudiéramos conducirnos.

(Se continuará.)

El nuevo ministerio francés.

Se ha dicho y con mucha razón que el nuevo ministerio que hay en Francia, es un comité de defensa nacional. No tiene opinión ni derecho de tenerla, no pertenece ni á la mayoría ni á la minoría, pertenece á la Cámara, pertenece al país.

Hé aquí la composición de este gabinete que ha sucedido al ministerio Ollivier:

Guerra: M. Cousin-Montauban, conde de Palikao.
Negocios extranjeros: M. de La Tour d'Auvergne.
Interior: M. Chevreau.
Justicia y Cultos: M. Grandperret.
Marina: M. Rigault de Genouilly.
Hacienda: M. Magne.
Obras públicas: M. Jerónimo David.
Instrucción pública: M. Brame.
Comercio: M. Clemente Duvernois.
Presidente del Consejo de Estado: M. Busson-Billault.

El jefe del ministerio estaba naturalmente designado: el «gabinete de la Guerra», no podía estar dirigido mas que por un soldado, y en efecto, le preside el general conde de Palikao, que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

El general Cousin-Montauban nació en París el 24 de junio de 1796. Ingresó en el servicio en 1814 en la compañía de los guardias de Artois, pasó en 1815 en calidad de subteniente al regimiento de coraceros, número 3, y en 1816 fué enviado á la escuela de caballería de Saumur, de donde salió en 1818, habiendo sido admitido en 5 de enero de 1820 en la Escuela práctica de Estado Mayor y destinado al salir de ella, ó sea el 15 de mayo de 1822 á desempeñar el empleo de teniente ayudante mayor en el regimiento de cazadores, núm. 46, y luego en el de línea núm. 40. Tomó parte en la campaña de España de 1823 en clase de ayudante de campo del general Toussaint y al volver á Francia fué colocado en calidad de teniente ayudante mayor en el regimiento de artillería montada, núm. 4, donde sirvió hasta 49 de abril de 1825.

Comprendido el 49 de abril de 1825 en la promoción de los ciento veinte y cinco tenientes de estado mayor fué agregado en esta calidad al estado mayor del general Gehan de la Hamelinage, jefe de la división 48ª de Dijon; mas, como en virtud de un real decreto de 46 de diciembre de 1826 quedaron suprimidos los empleos de teniente de estado mayor, pasó con su grado al regimiento núm. 4 de granaderos de caballería de la guardia real en 9 de mayo de 1827. Desde 1828 á 1831 estuvo de reemplazo y en 1831 volvió al servicio activo siendo enviado en calidad de teniente al regimiento número 2, de cazadores de Africa.

Por espacio de veinte y cinco años consecutivos permaneció en Argelia adonde llegó con el grado de teniente, volviendo con el de general de división.

Mencionado su nombre en la orden general del ejército de 31 de agosto de 1832, fué nombrado capitán ayudante mayor del regimiento número 2 de cazadores de Africa el 30 de setiembre. Mencionado por dos veces mas u nombre en la orden general del ejército, ó sea el 6 de agosto y el 3 de diciembre de 1833 por su exce-

lente comportamiento en el combate de Tafaraoni, donde perdió dos caballos, y en el combate de Tamezougra, obtuvo el 8 de abril de 1834 la cruz de caballero de la Legión de Honor.

En 24 de junio de 1836 el general Bugeaud hizo mención de él en la orden general del ejército, despues de un combate sostenido delante de Tiemeon, y el 6 de julio y despues del combate de Sikkab, volvió á hacerse mención de él, á consecuencia de lo cual en 4 de setiembre de 1836 fué promovido al grado de comandante de caballería, encargándose además de organizar á los spahis en la provincia de Oran. Hizose acreedor á nuevas menciones honoríficas despues del combate de Ten Salmer el 14 de marzo de 1839, y despues del combate contra los Ouled Kralfa, el 1º de diciembre. En el parte que dió de esta tremenda refriega el general Lamoricière, se expresó en términos muy lisonjeros para el comandante Montauban, diciendo de él «que penetró valerosamente por entre las tiendas de campaña del enemigo, con los dos escuadrones de spahis que se le confiaron, y que con los *douairs* trajo los trofeos de la jornada.»

El combate de Sidi Lakdar trabado en la llanura de Sig el 18 de enero de 1841 le valió otra mención honorífica por su inmejorable comportamiento en él y el honor de que el general Lamoricière, deseoso de demostrarle su satisfacción por la irresistible impetuosidad con que acometió á las tropas regulares del emir Abd-el-Kader poniéndolas en fuga, le diese un abrazo en presencia de todo el ejército. Despues de la batalla de Sauk el Miton, ocurrida en 8 de julio de 1841 y que duró tres días, el general Bugeaud se expresa en su parte en los siguientes términos: «Entre los heridos se cuenta el inteligente é intrépido comandante de caballería de spahis Montauban. En el primer encuentro mató con su propia mano á varios enemigos, al frente de unos cuarenta jinetes que era toda la caballería con que contaba la columna, y al día siguiente recibió un balazo en el pecho. En el mes de octubre de 1842, el general Lamoricière hizo también mención honorífica de M. de Montauban despues del combate del Loa del Ain Tériid sostenido contra Abd-el-Kader.

Fué promovido al grado de teniente coronel del regimiento de cazadores de Africa, núm. 4, el 7 de mayo de 1848 y trasladado en seguida con el mismo grado al cuerpo de caballería indígena, y obtuvo una mención honorífica en el parte del general Konte despues del terrible escarmiento que se hizo en la tribu de los Ouled-al-ben-Hamed el 20 de noviembre de 1844. Algunos días despues el gobernador general en carta de 25 de igual mes y año envió el parabien del ministro de la Guerra, mariscal Soult, por su comportamiento durante la noche del 27 de octubre anterior en el glorioso combate tan acertadamente dirigido por él, contra la caballería de Abd-el-Kader. El 10 de diciembre de 1844 fué nombrado oficial de la Legión de Honor. El 5 de agosto de 1845 fué ascendido á coronel del regimiento de spahis, núm. 2; el 8 de noviembre de 1847 púsole al frente del regimiento de cazadores de Africa, núm. 2, y el 49 del mismo mes fué enviado á la frontera de Marruecos para encargarse del mando de catorce escuadrones que componían la caballería de la columna puesta á las órdenes del general Lamoricière. Él fué quien recibió el 23 de diciembre en el marabout de Sidi Brahim la sumisión de Abd-el-Kader. En 23 de enero de 1848 fué nombrado comandante de la Legión de Honor.

El 21 de setiembre de 1851 ascendió á general de brigada; y encargóse primero del mando de la subdivision de Mostaganem y luego del de la subdivision de Tiemeon el 28 de marzo de 1852; y el 40 de abril hizo una salida contra la poderosa tribu de los Beni Suassen de Marruecos, que habia ido á atacar á las tropas francesas. Desde el 18 de mayo al 24 de junio sostuvo contra ella tres combates á consecuencia de los cuales los rebeldes viéronse precisados á implorar perdón. El general Pellicier hizo en su parte especial mención «del acierto, de la resolución y de la prudencia con que M. de Montauban dirigió esos hechos de armas.» Por su parte el mariscal de Saint-Arnaud, ministro de la Guerra, escribia á M. de Montauban lo siguiente: «He encargado al gobernador general que os manifieste la satisfacción del príncipe presidente por los nuevos servicios que acabais de prestar á Francia en los diversos combates trabados en la frontera de Marruecos... Deseo también que sepais que he apreciado como se merecia el acertado modo como habeis dirigido esa expedición.» El 24 de enero de 1855, M. de Montauban fué destinado sin variación de grado, á desempeñar el mando interino de la provincia de Oran. El 28 de diciembre de 1855 fué promovido á general de división y conservado en su mando. El 13 de enero de 1854 encargósele el mando de la división 24 de Limoges y luego el de la segunda división de Ruan.

Investido del mando en jefe de la expedición francesa de China, en 13 de noviembre de 1859 cupole el honor de llevar á cabo esa invasión que condujo las armas y la bandera de Francia hasta la capital de ese vasto y lejano imperio. La toma de los fuertes de Takn, en la desembocadura del Pei Ho, la gran victoria de Palikao, la destrucción del palacio de Verano y la entrada en Pekín, obligaron á los chinos á aceptar el tratado que les impusieron los aliados.

El general salió de la China al fin del año en que se realizaron todos estos hechos de armas, vino por el Japon, visitando antes varias de las ciudades de ese país, y entró en Francia en julio de 1861. En recompensa de sus prodigiosos triunfos, concediósele en 26 de diciembre de 1860 la gran cruz de la Legión de Honor, y fué

promovido á gran oficial de la misma el 28 de diciembre de 1869.

Queriendo el emperador demostrar su satisfaccion al general Montauban, dirigióle la siguiente carta:

« Mi querido general: El cuerpo expedicionario de China puesto á vuestras órdenes acaba con el concurso de nuestros aliados, de triunfar en un mes de las dificultades y de los riesgos que ofrece una guerra tan lejana, gracias á la perseverancia y al valor de los oficiales y de los soldados. Servíos expresarles mis sentimientos y decirles la satisfaccion que me cabe de que hayan correspondido á lo que de ellos esperábamos yo y el país. Todos ellos merecen mis elogios, pero gran parte de ellos pertenecen á aquel á quien con motivo puse á su frente. Habeis correspondido plenamente á mi confianza, y en testimonio de mi satisfaccion os reservo la primera plaza que quede vacante en el Senado. Contad, mi querido general, con mis sentimientos de amistad. »

El general Montauban fué en efecto elevado á la dignidad de senador en virtud de decreto de 6 de marzo de 1861.

De regreso á Francia en julio de 1861, confiriósele en decreto de 28 de noviembre del mismo año la medalla militar que solo puede concederse á los sargentos y soldados ó á los generales con mando en jefe, y en decreto de 21 de enero de 1862 otorgósele el título de conde de Palikao.

Al mismo tiempo el emperador para darle una alta prueba de aprecio y recompensar dignamente sus servicios, mandó presentar al Cuerpo legislativo un proyecto de ley en que se señalaba al conde de Palikao una dotacion de 30,000 francos, pero este proyecto suscitó en la Cámara una oposicion bastante viva, y en vista de ello el general pidió que fuese retirado, mas el emperador se opuso y la Cámara le negó su aprobacion.

Despues de desempeñar algunos meses el mando del segundo cuerpo del ejército de Lila, el general conde de Palikao



EL GENERAL COUSIN-MONTAUBAN, ministro de la Guerra.

fué nombrado en 22 de junio de 1865 jefe superior del sexto cuerpo del ejército de Lyon, é iba á confiársele un mando importante para combatir contra el enemigo, cuando la gravedad de las actuales circunstancias ha hecho necesarios sus servicios en un puesto aun mas importante.

Con el retrato del conde de Palikao publicamos tambien el del baron Jerónimo David y el de M. Brame.

El honorable ministro de Obras públicas pasa por un hombre de una energia extraordinaria. No siempre ha sido millonario, y aun recuerda los tiempos en que ganaba tres reales al dia; pero desde entonces han pasado años, y á su talento y á su actividad debe la fortuna de que disfruta.

Parece altanero y exclusivo; pero los que le tratan saben que es el mas afable y benévolo de todos los hombres. Quizás es tímido: muchos hombres de su misma apariencia reunen la timidez á un carácter de hierro.

Tambien es tímido M. Brame, al menos cuando sube á la tribuna, pues se le ve temblar en todos sus miembros; pero dice cuanto quiere decir y nunca nadie ha logrado cortarle la palabra. Tambien Enrique IV temblaba antes de la batalla. M. Brame, como el rey del penacho blanco, parece estarse diciendo siempre: « ¡Ah! ¿ con que tienes miedo, miserable? Pues ten miedo por algo. » Y hecha esta reflexion no se muestra menos valeroso que aquel monarca.

Es la franqueza y la bondad personificadas, y no se da ninguna importancia ministerial. Una cosa le enfada y es que le tomen por un gran industrial. Nunca ha vendido algodón, ni hilo, ni lana, ni azúcar; pero su amistad con M. Pouyer-Quertier le ha comprometido y le hace pasar por lo que no es.

Tales son las principales figuras entre los miembros del nuevo gabinete que no han tenido hasta ahora la cartera ministerial.

J. de V.



EL BARON JERÓNIMO DAVID, ministro de Obras públicas.



M. BRAME, ministro de Instruccion pública.